

# LA CIENCIA POLITICA LATINOAMERICANA EN LA ENCRUCIJADA

MARCOS KAPLAN

## I. *Aclaraciones previas*

El presente papel de trabajo se propone efectuar una primera exploración y una evaluación provisional de la situación en que se encuentra la Ciencia Política, y del papel que cumple y podría cumplir el cientista político en América Latina. Esta formulación de objetivos exige algunas aclaraciones.

La Ciencia Política, en sentido estricto y con categoría de disciplina científica, aparece sólo recientemente en América Latina, en gran parte como producto reflejo del desarrollo de esta rama en Estados Unidos y Europa donde, a su vez, aquélla tiene también un desarrollo relativamente tardío. Tanto en los centros de los países desarrollados como en los de América Latina, la Ciencia Política ha comenzado apenas a diferenciarse de las Ciencias Sociales en general, y de la Sociología en particular.

La Ciencia Política en América Latina tiene hoy una existencia incierta, en cuanto a diferenciación disciplinaria, inserción institucional, status, posibilidades de perduración, actividad y eficacia. Apenas existente, se encuentra ya directamente amenazada por situaciones, fuerzas y procesos de diversa índole. Ciencia adolescente, sin seguridad sobre su presente y, menos aún, sobre su futuro, quienes la practican se ven obligados a interrogarse, a vacilar, a marchar a tientas.

---

NOTA.—Las opiniones contenidas en este trabajo expresan únicamente la posición personal del autor, Marcos Kaplan, y no comprometen a la Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública —FLACSO—, de la cual aquél es miembro.

La crisis da lugar a una gama de reacciones diversas, a menudo combinadas. En algunos científicos políticos, amenaza con desembocar en una desesperanza esterilizadora. En otros, la inseguridad lleva a recurrir a la astucia, como medio de lograr una aceptación de la disciplina y de sus practicantes por el sistema, y de integrarse en él, a través de la disimulación, el mimetismo, el desplazamiento hacia ámbitos y fines que pueden desvirtuar de hecho a la una y a los otros. En otra variante, la inseguridad se sublima en una confianza mística sobre las propias posibilidades actuales y futuras. Finalmente, puede adherirse primordialmente a la perspectiva de una transformación revolucionaria de la sociedad latinoamericana, acompañada o no de una praxis efectiva.

Cualquiera sea la posición que se adopte, resulta ya indispensable elaborar una nueva actitud y una nueva práctica de la Ciencia Política frente y a partir de su propia crisis. Ello implica interrogarse sobre lo que ésta ha sido y lo que es; sobre las alternativas, opciones, requisitos, costos, a fin de descubrir, si es posible, un camino para la supervivencia y la eficacia.

La ocasión, la naturaleza y el ámbito de este papel de trabajo explican que no se trata de una investigación empírica, y que no se ha pretendido cubrir el campo total ni tratar en detalle todos los problemas implicados. Se ha buscado sobre todo ubicar las cuestiones, formular hipótesis, contribuir a la discusión y la elaboración colectivas. El tratamiento adoptado privilegia algunos aspectos en desmedro de otros, en función de lo que se considera más significativo y urgente y, de modo conexo, también de la inevitable subjetividad del que escribe. Todo ello ha impuesto la necesidad de simplificar, esquematizar, caricaturizar a veces, con riesgo de descuidar problemas importantes y de cometer involuntarias injusticias.

Dado que, como se dijo, la Ciencia Política apenas ha comenzado a desprenderse del magma de las nuevas Ciencias Sociales en América Latina, también recientes y en plena evolución, mucho de lo que ocurre en éstas debe ser considerado pertinente para la Ciencia Política, con algunas especificaciones.

Quiero subrayar especialmente que no he querido adoptar una actitud de pontificado pedante. Me considero parte del proceso y del problema, a la vez víctima y responsable. Mi crítica implica expresamente una autocrítica, es producto de una reflexión angustiada a la búsqueda del auténtico replanteo, de salidas reales y de soluciones operativas; oscila así entre el ser y el deber ser, entre lo actual y lo posible.

Como punto de partida, se trata de insertar, en breve tratamiento, la emergencia y el desarrollo de la Ciencia Política en el marco del proceso histórico y socio-político de América Latina, como referencial que permita una entrada más segura a la problemática contemporánea.

## II. *El Encuadre General*

El reciente desarrollo de la Ciencia Política en América Latina, —como disciplina que pretende el rigor en su teoría, sus métodos y sus técnicas, y en cuanto al grado de verificación empírica—, parece vincularse por lo menos a dos órdenes de razones: la naturaleza y el carácter del desarrollo general de la región; la evolución de la disciplina en los centros de Europa y Estados Unidos que se toma, como se verá luego, para la referencia y la inspiración.

### *El período formativo*

Durante el siglo XIX y parte del XX, se diseña y aplica en América Latina un modelo de crecimiento económico dependiente, en superficie, sin grandes transformaciones estructurales, y se organiza una sociedad jerarquizada, polarizada, rígida, con fuerte concentración de la riqueza, el poder y el prestigio en una minoría centrada en el sector agro-minero-exportador, en alianza con las metrópolis y sus empresas de acción internacional. En relación con ello, las fracciones hege-

mónicas imponen sus formas de poder y autoridad, su sistema político-institucional legitimado, y logran el apoyo de otras fracciones de las clases dominantes, y el consenso o la sumisión pasiva de clases y capas intermedias y dominadas. La alienación ideológica hacia lo foráneo, la europeización, el cosmopolitismo cultural, se producen como reflejo y elemento integrante del modelo de crecimiento, para fines instrumentales tendientes a la integración internacional, la creación de las nuevas estructuras socio-económicas requeridas, y la cristalización de la dominación interna. Emerge así una cultura híbrida, poco coherente y frágil, sin sentido nacional, que no potencia la propia base y, por el contrario, la debilita.

La cultura y la ideología son elaboradas, manejadas y controladas por y para grupos minoritarios, con marginación de las masas populares, mediante el monopolio de los reducidos equipos intelectuales (tradicionales u orgánicos), del sistema educativo y de la prensa. Las tareas de la cultura, de la ideología y de los equipos intelectuales son: dar a la oligarquía homogeneidad, conciencia de sí misma, de sus funciones y necesidades; proporcionarle una concepción del mundo, un cierto grado de elasticidad para la absorción de los cambios, cuadros para la dirección y la organización de la sociedad del Estado; contribuir al esfuerzo de su prestigio, de su poder, y del consenso de las mayorías respecto a su dominación. El sistema impide el surgimiento y la irradiación de nuevos grupos o élites sociales y políticas con posibilidades y aptitudes para formular alternativas al modelo vigente, para organizarse, hacerse conocer y lograr adhesiones significativas. No resulta posible por mucho tiempo la emergencia de una crítica radical por intelectuales no surgidos de la oligarquía o independiente de éste. Falta un amplio público predispuesto a recibir y asimilar mensajes culturales e ideológicos divergentes.

En estas condiciones, la teoría política se incorpora básicamente a través de la importación del modelo político-institucional e ideológico que proviene del ámbito eurooccidental y norteamericano, depurado por supuesto de elementos críti-



cos y revolucionarios. Se trata básicamente de la adopción privilegiada de elementos necesarios para la vigencia del liberalismo económico y de la democracia aristocrática y autoritaria. La recepción se refiere a las fórmulas divorciadas del contexto vivo, y adoptadas con mucho retraso respecto a su desarrollo real en los centros, más que a los métodos de conocimiento. La selección privilegiada de todo lo que se identifique con el liberalismo económico y lo refuerce, lleva a la desconfianza del Estado y a la subestimación de la administración como agentes socio-políticos.

### *La etapa de transición*

Entre este "período clásico" de formación y el período de la crisis contemporánea, se inserta, desde principios de siglo hasta 1930, una etapa de transición. La misma se configura por la convergencia de modificaciones en el sistema internacional y de cambios internos en América Latina. En el primer orden de factores puede incluirse: la Segunda Revolución Industrial; el desarrollo del monopolio y del imperialismo; el replanteo del equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias, y entre Europa y el resto del mundo; la Primera Guerra Mundial, que conmociona y desacredita el sistema capitalista; la Revolución Rusa, significativa para el Tercer Mundo por su proposición de una alternativa desafiante y por su vocación universalista.

Las modificaciones internacionales inciden en América Latina, entrelazan sus efectos con ciertos cambios producidos en el funcionamiento del modelo de crecimiento dependiente. Este exhibe ya algunas insuficiencias y desajustes. El centro internacional se desplaza, de Gran Bretaña y Europa, hacia los Estados Unidos, en términos de comercio, inversiones, financiamiento, influencia política, diplomática y cultural. La estructura social se diversifica y diferencia. Las economías primario-exportadoras han experimentado cierto crecimiento bajo influjo del comercio exterior y las inversiones extranjeras. Ha progresado la división social y regional del trabajo, la ur-

banización y las formas primarias de industrialización. Las clases medias urbanas se desarrollan, dando lugar a una coexistencia de sectores residuales y emergentes, relativamente diferenciados. Las masas populares urbanas también aumentan en número y peso específico, aunque con alto grado de heterogeneidad interna. Un movimiento obrero inédito, organizado en sindicalismo de élites militantes, combina las reivindicaciones economicistas con planes vagos de transformación social y política. La presión coincidente de capas medias y populares por una participación ampliada, se refleja en ciertos cambios del clima cultural e ideológico. El modelo tradicional exhibe sus inconvenientes y límites, y la confianza sobre el gran futuro "predestinado" es reemplazada por la incertidumbre. Las clases medias y populares no asienten más pasivamente, cuestionan y contestan. Grupos de jóvenes intelectuales, menos dependientes que sus predecesores, reaniman y reorganizan la vida cultural, pasan de la literatura a la crítica social y política. Esta se ejerce cada vez contra el cosmopolitismo, el materialismo escéptico, la educación dogmática, la asfixia cultural, la opresión y la corrupción política, y contra los responsables, es decir, las clases dominantes y los grupos dirigentes. La Guerra de 1914 y la Revolución Rusa revelan la quiebra del orden y de la ideología liberales, sugieren la necesidad y la posibilidad de cambios. Las ideologías emergentes son imprecisas, incoherentes, escasas de concreción y realismo, desvinculadas de las prácticas de los grupos y procesos más significativos, pero sin que ello implique carencia de impacto real y eficacia operativa. Sus componentes básicos incluyen: el nacionalismo; vagas metas de desarrollo, cambio y justicia sociales, consenso e integración nacionales, participación política, renovación institucional, intervencionismo de Estado. La Reforma Universitaria representa una quiebra de la universidad tradicional; el replanteo del control de la educación, la cultura y la ideología; un énfasis político, más que académico y científico; una proyección extra universitaria y latinoamericana.

El equilibrio de poder y el sistema político se modifican.

Las clases medias demandan una participación ampliada, primordialmente para sí mismas y, de modo manipulatorio y simbólico, también para las clases populares. El estilo tradicional de dominación se debilita. La ampliación de la democracia formal va acompañada por cierto énfasis nacionalista, algún progreso en la modernización, un reformismo gradualista compatible con el orden tradicional. El Estado se modifica, en cuanto al reclutamiento de dirigentes políticos y de personal administrativo, a la estructura y modo de operación y a la atribución de mayores responsabilidades. El gobierno se vuelve fuente de ocupación burocrática y de demanda de ideólogos.

En el período clásico y, sobre todo, en la etapa de transición, aparecen nuevos valores sociales y las primeras tradiciones intelectuales. Existe, sin embargo, poca diferenciación funcional y escasa especialización profesional. Las inspiraciones y las disciplinas se reducen a diversas corrientes ideológicas, a la Historia, y a una Parasociología o Sociología Filosófica. Prevalece una actitud enciclopedista, traducida en la inquietud universalista, la búsqueda de conocimientos diversificados pero poco profundos, la heterogeneidad de inspiraciones. En sentido estricto no existen aún Ciencias Sociales rigurosas y sofisticadas en teorías y métodos, y orientadas hacia el análisis técnico de la realidad.

En términos de dependencia cultural, sigue predominando la influencia de Europa. De sus Ciencias Sociales y de su Ciencia Política —que por otra parte se van retrasando— sólo se recibe formas anteriores, pre-científicas, mientras no se perciben o se rechazan manifestaciones más recientes de pensamiento crítico e innovador. En cambio, comienza a sentirse la influencia del marxismo a través de la Revolución Rusa y, casi inmediatamente, en la versión stalinista, dogmática y empobrecida (con excepciones aisladas como la de José Carlos Mariátegui). Las nuevas Ciencias Sociales y la Ciencia Política que comienzan a acelerar su desarrollo en los Estados Unidos, recién desplegarán un influjo perceptible después de la Segunda Guerra Mundial.

Ciencias Sociales y Ciencia Política, en sus formas larvadas o primarias, combinan el idealismo abstracto con el pragmatismo inmediato; desprecian la teoría sistemática y la metodología rigurosa; adoptan las formas preferidas del ensayo y el planfleto. Las demandas y las posibilidades sociales, el clima político y cultural, dejan poco lugar para aquellas disciplinas, sobre todo para la Ciencia Política. Las manifestaciones dadas justifican la sociedad tradicional y el sistema oligárquico (darwinismo social, organicismo), agregando aspectos de modernización superficial; o bien hacen un cuestionario limitado de la existente en un sentido de participación ampliada. No se alcanza más allá del horizonte liberal, atravesado ocasionalmente por relámpagos de aspiraciones vagas al progreso económico, la justicia social, la democracia efectiva. De todas maneras, precursores aislados en todo el período considerado comienzan al relevamiento del terreno histórico, social y político; tienen a veces agudas percepciones de algunos problemas básicos del desarrollo y el cambio; indican campos y líneas investigativas que irán retomando nuevas generaciones ideológicas y científicas en las décadas siguientes.

### *La emergencia en la crisis estructural*

A partir de 1930, América Latina entra definitivamente en el proceso contemporáneo. Al debilitamiento de los factores del modelo tradicional del crecimiento se agregan cambios sustanciales en las relaciones de fuerzas en la economía y en la política mundiales. Se van perfilando nuevas formas de vínculos e interacciones entre las metrópolis y América Latina, a través de un proceso que implica roces, tensiones y conflictos entre las grandes potencias y las empresas extranjeras, entre ellas y los grupos nacionales de la región, y entre éstos mismos. Simultáneamente y en relación con los factores externos, tiene lugar una nueva fase de urbanización y de industrialización aceleradas que, en sí mismas y en sus consecuencias, multipli-

can e intensifican necesidades no satisfechas por las estructuras tradicionales. Clases medias y populares en expansión presionan en favor de un mayor grado de reconocimiento y participación en el ingreso, el prestigio, el poder y las decisiones. Se afirma una mentalidad y un clima colectivo de tipo nacionalista y desarrollista, si bien en retraso respecto a los procesos objetivos. Emerge una conciencia difusa sobre los inconvenientes de una economía unilateral y subordinada y sobre la necesidad de su diversificación y autonomía. Se revaloriza el papel y las posibilidades de los factores internos de crecimiento. Se va reconociendo la necesidad de instrumentos, mecanismos y políticas que promuevan la expansión y racionalización de la economía y de la sociedad, y que posibiliten un grado ampliado de integración y participación en el sistema para más amplias capas de la población. El esquema del sistema político comienza a sufrir un nuevo replanteo.

La transición de una a otra fase de desarrollo, no son consecuencias de la acción deliberada de una clase, grupo o élite que presione sobre el Estado, lo controle y lo use para imponer cierto tipo de modificaciones. Ningún sector social en particular promueve deliberadamente los cambios, aprovecha de modo sistemático su aparición, o tiene incluso clara conciencia de los que ocurren y de sus implicaciones. La industrialización, la urbanización, las modificaciones en la estratificación social, en el sistema político, en el contenido y orientación del Estado, se producen sobre todo el impacto de factores accidentales, impersonales, externos a Latinoamérica y a sus centros de decisión (crisis económicas y militares); modificación de las relaciones de fuerza entre las grandes potencias y de su acción sobre los países de la región); o bien como subproductos imprevistos de medidas tomadas en favor de las clases tradicionalmente dominantes. Estas se debilitan relativamente y pierden en parte su hegemonía. Sus fracciones chocan entre sí, con las metrópolis y con las clases medias y populares. La sociedad tradicional se modifica, pero los grupos dominantes no pierden sus poderes económicos, sociales y culturales. Su influen-

cia política e ideológica sigue haciéndose sentir en la sociedad, y se manifiesta en la capacidad para influir sobre otras clases, sobre los partidos y sobre el Estado. Las oligarquías y la sociedad tradicional resultan durante largo tiempo suficientemente flexibles y permeables para absorber elementos del cambio y de la modernización, privando a estos procesos de rapidez y profundidad, y permitiendo la conservación de lo esencial. A ello se agregan la debilidad y la falta de dirección deliberada por parte de las clases y grupos que, en teoría y/o en la realidad, estarían interesados en el desarrollo, la modernización, la democratización, la autonomía externa (empresariado industrial, clases medias, trabajadores urbanos, campesinado). Las nuevas constelaciones sociales y políticas se insertan en los marcos de un proceso caracterizado por la combinación del crecimiento económico irregular con el mantenimiento o el refuerzo modificado de la dependencia externa, la tendencia al estancamiento, el aumento de tensiones sociales y de desequilibrios políticos.

En esta perspectiva, el Estado se ha ido perfilando como el principal ente capaz de preservar las bases del sistema, y de asegurar estabilidad y crecimiento a un capitalismo dependiente que entra en decadencia antes de madurar; de dar a la economía y a la sociedad lo que el funcionamiento espontáneo de aquellas y la debilidad o la frustración de las clases dominantes, empresariales y populares no proporcionan. El intervencionismo estatal se va concentrando en el cumplimiento de políticas compensatorias, anticíclicas y de crecimiento económico, para la estabilización y modernización relativas de las estructuras. Atiende los problemas planteados por los desequilibrios internos y externos. Satisface viejas necesidades incrementadas y otras nuevas. Defiende los intereses y privilegios, generales y particulares, de las clases dominantes; refuerza su acumulación y su poder; consolida la gran empresa privada. Regula y arbitra el ascenso y la incorporación de nuevas fuerzas sociales, y la competencia y los conflictos entre los grupos extranjeros y nacionales, y entre estos últimos.

La asunción de estas tareas exige el desarrollo de una nueva técnica gubernativa, más refinada y eficiente, la ampliación del repertorio de instituciones e instrumentos y la formación de nuevos elencos administrativos y profesionales. El Estado y la burocracia tienden a convertirse en un conglomerado social diferenciado, con intereses propios y un grado apreciable de independencia respecto de las clases, fracciones y grupos. Su actuación es dual y ambigua. Operan por una parte como expresión del sistema e instrumento de las clases y fracciones hegemónicas y dominantes, y su actuación corresponde en última instancia a sus intereses. Por otra parte, no hay identificación absoluta e incondicional entre el Estado y su burocracia, y una clase determinada, ni subordinación mecánica e instrumental de lo primero hacia lo segundo. El Estado y la burocracia tienden a convertirse en centro de decisiones relativamente autónomas. La dinámica de expansión del Estado, de su autoridad, de su aparato y de su ámbito de actividad, se revelan particularmente, aunque con grados y matices variables, en los regímenes populistas, bonapartistas, desarrollistas de pretensión y base pluralistas, y algunos tipos de dictaduras militares.

La década de 1960 desnuda ya las tendencias y características esenciales del proceso, debilita y destroza las ilusiones sobre un progreso regular, ilumina la persistencia y agravamiento de contradicciones no resueltas y hace surgir otras nuevas.

El crecimiento económico de tipo subordinado, desigual y combinado, exhibe síntomas de estancamiento. El agro no modifica sus características estructurales limitativas. La industrialización sustitutiva de importaciones no logra transitar a una fase superior. La dependencia externa se acentúa en el cuadro de una rígida estratificación internacional. El estancamiento se produce en condiciones de incorporación y participación ampliadas de masas con predisposición al cambio y mayor capacidad de presión, especialmente en los marcos de la urbanización acelerada, pero incluyendo también con cierto retraso a los sectores campesinos. Las soluciones populistas,

bonapartistas, desarrollistas, exhiben su insuficiencia y precariedad, y revelan así el fracaso de los intentos de una integración social y de un consenso político que se buscó sin un correlato de modificaciones sustanciales del sistema. Este tiende cada vez más al estancamiento y a la rigidez, a la redistribución regresiva del ingreso, a la concentración del poder en grupos reducidos, a la frustración de aspiraciones en las clases medias y populares, al aumento de desequilibrios, tensiones y conflictos. La consiguiente inestabilidad política se ve agravada por la experiencia cubana, modelo alternativo amenazante que ahora se inserta y proyecta dentro de América Latina.

Las clases dominantes tradicionales y una parte importante de las clases medias abdican, en mayor o menor grado, de toda pretensión innovadora y democratizante. Emerge una nueva combinación de liberalismo económico y de absolutismo político. La liberalización económica se cumple como debilitamiento del aparato del Estado en cuanto poderes y mecanismos de intervención efectiva y más o menos autónoma en la vida socioeconómica. Los centros de decisión económica y social tienden a ser transferidos del Estado a las fuerzas del mercado, o sea las corporaciones privadas dominantes, nacionales y extranjeras. La estructura tradicional es consolidada en el nuevo nivel alcanzado durante las décadas anteriores. Se abren las puertas a la penetración colonialista y al refuerzo de la relación de dependencia y del crecimiento desigual y combinado que privilegia algunas regiones, ramas y clases, en desmedro de otras. Por otra parte, se afirma el absolutismo político: ilegalización de las fuerzas, movimientos y luchas de cambio social; intensificación de métodos y aparatos represivos (estatales, paraestatales y privados); degradación y supresión del sistema político-jurídico liberal. El problema de la viabilidad misma de las sociedades nacionales aisladas se convierte en una cuestión central.

El esquemático análisis que antecede proporciona quizás un marco pertinente para encuadrar el examen de la nueva



etapa de las Ciencias Sociales, y por ende de la Ciencia Política, y del nuevo tipo de especialistas, que emergen en las dos últimas décadas aproximadamente. Su génesis y desarrollo responderían al parecer a tres órdenes interconectados de factores y circunstancias:

1. Nuevas demandas del Estado, las universidades nacionales, los organismos internacionales, las instituciones extranjeras; y, en menor medida, las grandes empresas privadas y algunos sindicatos obreros. En ello tienen un papel especial los experimentos de conservatismo modernizante y los regímenes populistas, bonapartistas, desarrollistas, que requieren nuevos tipos de especialistas, para funciones a la vez técnicas, administrativas, ideológicas y políticas. La emergencia y participación de los especialistas influye a su vez en ciertos rasgos y requerimientos de los propios regímenes. El "Tercer Mundo" y la problemática del desarrollo se universalizan, se convierten en moda, motivo de interés, fuente de ocupación, ingreso y prestigio.

2. Presión objetiva y subjetiva de las clases medias, expandidas, diversificadas y tecnificadas en grado superior al aumento de la capacidad de absorción por el Estado y las principales organizaciones e instituciones sociales. Esta presión, que aparece a la vez como resultado y factor de un proceso desequilibrado, se traduce en la búsqueda de un lugar en el sistema institucional, de fuentes de ocupación, ingreso, prestigio e influencia, y en la génesis de ilusiones sobre las posibilidades de ejercer poder. Los nuevos grupos tienden a ampliar la base y la fuerza propias a partir de las zonas e instituciones en que comienzan a insertarse y a operar.

3. La gama de problemas planteados, muchos novedosos y acuciantes, suscitan una reflexión más intensa, que exige mejores teorías, metodologías y técnicas, para la racionalización a posteriori de lo ya ocurrido, para la comprensión de lo que ocurra, para el pronóstico de lo por venir, y para el diseño de formas y estrategias posibles de transformación. Entre los temas privilegiados para la reflexión y el análisis merece

destacarse: los límites e implicaciones de la industrialización sustitutiva y de la hiperurbanización; los nuevos equilibrios entre clases y grupos y en el sistema de poder; la incorporación y manipulación de masas; el control político; la inserción en las condiciones cambiantes del sistema internacional; la crisis de ideologías tradicionales; la confrontación de modelos alternativos de desarrollo, cambio social y organización política; la emergencia de salidas revolucionarias postcapitalistas. Se trata de una amplia gama problemática, que cada tendencia, cada grupo y cada especialista, percibirán, seleccionarán y tratarán de distintas maneras.

La nueva generación de científicos políticos debe operar en un marco de condiciones, entre las cuales requieren especial consideración las tradiciones intelectuales, ideológicas y teóricas que se reciben los agentes y marcos institucionales y el encuadre político general, tanto nacional como internacional.

### III. *Influencias Intelectuales, Ideológicas y Teóricas*

La Ciencia Política latinoamericana ha sufrido fuertes influencias de corrientes intelectuales, ideológicas y científicas, provenientes de la Unión Soviética, de los Estados Unidos y de Europa Occidental, que han operado con caracteres y efectos de dependencia y enajenación. Tales influencias pueden ser clasificadas y analizadas —con los peligros inherentes a la esquematización— en dos grandes líneas: la que corresponde al marxismo oficializado y dogmático, y la que proviene básicamente de los Estados Unidos y, secundariamente, de Europa Occidental.

#### 1. *El marxismo oficializado y dogmático*

El marxismo en América Latina, tras una primera fase de pensamiento social-demócrata europeo, combinado con elementos de liberalismo y positivismo, se impone a través de la

versión dogmática y supersimplificada que emana del régimen stalinista en la URSS a partir de la década de 1920, y que se transmite a través de los partidos comunistas de la región.

El marxismo, como teoría y como práctica científica y política, supone originariamente un racionalismo crítico y relativista, un rechazo del dogmatismo y del autoritarismo intelectual, una empresa de desmistificación y desalienación. Despliega así una actividad crítico-teórica que cuestiona estructuras, sistemas, instituciones e ideologías. Nada puede ser absoluto y sagrado, ni escapar con tal pretensión al análisis dialéctico, ni siquiera el propio marxismo. Esta teoría de la historicidad, está en la historia y no puede detenerla. Creado y portado por seres humanos, tiene limitaciones, puede equivocarse y decaer. Teoría de las contradicciones, no puede eliminarlas de sí mismo. El marxismo ha podido ser operativo y fecundo en la medida en que ha sido utilizado sin limitaciones preestablecidas, en ejercicio y desarrollo permanentes, no como dogma sino como orientación teórica y metodológica para la praxis humana, incluso la científica. La verdad, el conocimiento de la realidad, se conciben por los mejores representantes del marxismo como inexistentes a priori, horizonte hacia el que se tiende por aproximaciones sucesivas, intentos siempre renovados, un replanteo permanente de las premisas, las hipótesis y las conclusiones. La Historia y la Sociedad aparecen como procesos abiertos, sin fines predeterminados ni estaciones de llegada, carentes de racionalidad inmanente que confiere sentido apriorístico a los hechos, las estructuras y los desarrollos. Son obra humana, resultados de los actores y de sus interacciones, reales pero precarias, incorporadas al devenir y trabajadas y transformadas por ésta. Como corolario, esta actitud básica implica el rechazo del determinismo linear y mecánico, del evolucionismo, del historicismo, del economismo, de todo reduccionismo en suma.

A este sentido original se contraponen la versión oficializada y dogmática del stalinismo. A partir de la experiencia soviética, las formas adoptadas por un primer proceso de tránsito del

atrasado capitalismo ruso hacia una futura sociedad socialista, con limitaciones y deformaciones específicas, son convertidas en paradigma de un socialismo pretendidamente realizado. La necesidad pasa a ser virtud. Una teoría crítica de todas las formas de opresión, alienación e ideología, es convertida en doctrina justificatoria de las formas opresivas y alienantes a que dan lugar las exigencias de la acumulación, la industrialización y la modernización aceleradas en un país atrasado y aislado que pretende quemar etapas para su desarrollo histórico.

A partir del control central sobre el partido y el Estado de la Unión Soviética y, por transmisión descendente, sobre los partidos comunistas del resto del mundo, incluso América Latina, una autoridad infalible define la teoría y su ortodoxia. Compila, expurga e interpreta los textos sagrados, confiriéndoles caracteres de revelación y trascendencia; establece tabúes y prohibiciones; define a los heréticos, los cismáticos y los réprobos. Revisionismo, desviacionismo, trotskismo, etc., son calificaciones que autorizan a prescindir de todo análisis crítico, y cuya sobreimposición a individuos, grupos y movimientos funda condenas y exclusiones. Se promueve en los militantes y simpatizantes, un conformismo riguroso, una mentalidad rígidamente disciplinada, desfavorable a la vida intelectual, a la crítica y a la investigación, que se contrapone a toda hipótesis, a toda aspiración, a todo inconformismo y, por último, a la realidad misma.

El marxismo oficial se convierte en un nuevo dogmatismo, tanto o más rígido que los anteriores. Aparece como una sistematización definitiva de tesis absolutas, afirmaciones filosófico-políticas, elementos ético-religiosos, manifestaciones irracionales o mágicas, mecanismos formalizadores. La codificación resultante se acerca a la doctrina eclesiástica, con pretensión de objetividad absoluta, autenticidad ontológica y verdad moral.

La teoría marxista se degrada en un escolasticismo que prestidigita textos, y conceptos, gira en el vacío, y tiende a

volverse un metalenguaje. Los textos seleccionados, clásicos y contemporáneos, son descifrados de acuerdo a un código de autoridad, interpretados con criterios absolutistas, sin referencia a las experiencias históricas conocidas ni a las evidencias empíricas contemporáneas. El pensamiento se vuelve mero comentario de textos, y termina por no referirse más que a sí mismo. La teoría se presenta como la distancia más corta entre dos citas.

El autoritarismo suficiente, el absolutismo sistemático que desplaza al método, llevan a las generalizaciones abusivas, al escamoteo de diferencias y particularidades. El sentido de especificidad y concreción se pierde. Se empobrece la realidad dada y las virtualidades contenidas en ellas y en el devenir. La respuesta estereotipada a todos los problemas genera la creencia que ya nada queda en el fondo para descubrir y que todo está dicho y resuelto. La creación y la disponibilidad en mínima proporción de hechos y argumentos se combina con el empirismo burdo y el pragmatismo incondicionado. La evaluación empírica de fuerzas y posibilidades funda de modo directo las decisiones y consignas de la decisión para la acción política, para el pensamiento teórico y para la investigación científica.

El producto final es un determinismo mecanicista, que ignora la compleja trama de fuerzas, relaciones y formas sociales, subestima o desconoce la interrelación entre los aspectos y niveles de la realidad, suprime la Historia, niega el papel de lo nuevo e inesperado y, con total impermeabilidad a las comprobaciones empíricas, sirve de fundamento a un optimismo incondicional que afirma su fe en la fatalidad de los triunfos futuros.

Los resultados se manifiestan en la degradación teórica, la limitación metodológica y técnica, la esterilización científica y política. El pensamiento marxista, tras los notables aportes efectuados hasta los años 1920 (Hilferding, Lenin, Rosa Luxemburgo, Gramsci), exhibe desde hace décadas un atraso notable. Los análisis sociológicos y políticos más serios y fértiles

proceden ulteriormente, o bien de marxistas independientes que eluden las limitaciones y frustraciones impuestas por los aparatos de la izquierda oficial (y de los grupos disidentes), o bien de investigadores no marxistas.

Con el trasfondo expuesto, es pertinente señalar las consecuencias de esta situación para la Ciencia Política. Las mismas surgen ante todo de las restricciones impuestas a la libre crítica, a la investigación sin trabas, hacia el pasado (Historia ignorada o re-escrita en función de necesidades políticas, sistemáticas y partidistas), y en los fenómenos contemporáneos; restricciones que se dan a la vez en la teoría, en los métodos y técnicas, y en el campo problemático. El intelectual y el investigador sometidos a una disciplina partidista de este tipo, aparecen a la vez como subordinados, instrumentos y portadores de un pecado original de origen y función, a purgar por la obediencia incondicional y el activismo alienante. Toda ciencia social, incluso la Ciencia Política, tiende a ser considerada como burguesa, reaccionaria o inútil. El reconocimiento efectivo de la necesidad y validez de la práctica teórica resulta inconcebible.

En segundo lugar, lo que más podría acercarse a una Ciencia Política emergente de la estructura partidista y sometida a la misma, incurre en análisis irreales o directamente mitológicos de procesos, grupos, estructuras y sistemas. El esquema analítico que Marx y sus mejores continuadores elaboraron teniendo en cuenta los procesos históricos de Europa Occidental, son traspuestos mecánicamente a la realidad específica de América Latina: afirmación de la existencia del feudalismo en las etapas formativas y contemporáneas de las naciones de la región; imposición de una pauta mecánica y fatal de secuencias históricas; naturaleza de las clases y agentes sociales. La clase obrera aparece ontológicamente predestinada a ser agente primordial y líder necesario de todo proceso de transformación, mientras las estructuras agrarias y las clases campesinas no merecen atención sería durante décadas. Se afirma además un determinismo mecánico y rectilíneo en el análisis

de las interacciones infra-superestructura, que ignora el papel de las mediaciones, así como la especificidad, la autonomía y la eficacia relativas, fundadas en estructuras propias, de los distintos aspectos y niveles. Ello aparece evidente en el análisis del Estado, del Derecho, de los fenómenos culturales e ideológicos.

El análisis de las superestructuras, en efecto, oscila entre el economicismo y el voluntarismo. Por una parte, el Estado, el Derecho, los fenómenos ideológicos y políticos, son referidos inmediatamente a la base, a los niveles de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, determinados por éstas, como su reflejo inmediato o como simples apéndices que siguen sus alternativas y vicisitudes. Por otra parte, parece considerarse que la voluntad de la clase dominante, sujeto histórico en acción, crea el sistema político, el Estado, el Derecho, la ideología y la cultura. En uno u otro caso, y a menudo de modo combinado, fuerzas productivas, relaciones de producción, clases dominantes, son privilegiadas de modo excluyente, como esencia creadora, principio genético, clave de inteligibilidad, en relación a lo cual las superestructuras aparecen como fenómenos derivados sin especificidad, concreción ni autonomía. En la medida que sistemas políticos Estado y Derecho son identificados con la base y con la clase dominante, de modo absoluto e incondicional, en subordinación mecánica e instrumental, no pueden convertirse en objetos específicos, teóricamente contruidos, de la investigación científica. No pueden tampoco establecerse relaciones reales, científicamente analizables y verificables, entre los distintos niveles y aspectos de la realidad.

De allí las deficiencias manifestadas en el análisis que, siempre con retraso, efectúan los representantes del marxismo oficial dogmático, de los fenómenos políticos que aparecen en América Latina, sobre todo desde 1930: nuevas dimensiones políticas de la dependencia; movimientos y regímenes populistas, bonapartistas y desarrollistas; papel y crisis de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia; dirigismo gubernamental, expan-

sión y transformación del sector público.

Afortunadamente para las perspectivas políticas y científicas de América Latina, desde la Segunda Guerra Mundial se ha ido produciendo una crisis del marxismo oficializado y dogmático como vertiente inspiradora de las Ciencias Sociales y de la Ciencia Política en la región. La crisis y transformaciones de la sociedad soviética, los procesos producidos en países de Europa Oriental, poststalinista, el malestar que gradualmente emerge en los partidos comunistas de Europa Occidental, la descolonización del Tercer Mundo, la diversificación de alternativas (China, Cuba, nacionalismos revolucionarios), han convergido en la producción de fenómenos inéditos. La tradicional Meca soviética se desacredita y es cuestionada. Se rechaza el monolitismo ruso-centrista, y su pretensión del modelo único. Se reivindica el policentrismo, el derecho al modelo propio y a los caminos nacionales específicos para la revolución y el socialismo. Se afirma la conciencia de la necesidad de nuevos instrumentos teóricos y prácticos, aplicables a las especificaciones regionales y nacionales y a nuevas etapas históricas. El creciente deshielo permite la curiosidad, el sentido crítico, la renovación de inquietudes y afirmaciones, la recepción de aportes de otras corrientes científicas. Se reivindica el valor de la teoría, de la metodología, de las técnicas, de la verificación empírica.

En América Latina, este proceso se ha manifestado en la emergencia de nuevas promociones de investigadores, en mayor o menor grado filiados al marxismo, abiertos y creativos. Sin negar ni desaprovechar los aportes positivos provenientes de otras corrientes, estas nuevas promociones científicas reasumen e intentan desarrollar los principales aspectos positivos del marxismo; sentido crítico y desmistificador; concepción dinámica y totalizante; diferenciación e interrelación de niveles y aspectos; reconocimiento de la importancia de lo económico y lo tecnológico; estructura y dinámica de las clases y de los grupos; correlaciones entre estructura económica, estratificación social y poder político; teoría del proceso y del conflicto;



vinculación postulada con la praxis en sentido amplio; inmunización contra el mito de la neutralidad valorativa.

El saldo de esta renovación ha resultado ya positivo. El dogmatismo oficializado y monolítico ha sido desacreditado y quebrado definitivamente. Nada ni nadie puede ya reconstruirlo ni reemplazarlo. De sus escombros, a través de sus grietas, han emergido corrientes más libres y creativas. A su acción es en gran parte imputable la recuperación de importantes elementos teóricos y metodológicos, y la revaluación, la renovación o el descubrimiento de estimulantes enfoques sobre los problemas de la dependencia externa, las formas específicas de estratificación social, el análisis profundizado de las superestructuras, los movimientos y sistemas políticos, las ideologías. Por otra parte, debe anotarse que este movimiento renovador encuentra o genera obstáculos, resabios y peligros nuevos a que luego se hace alguna referencia.

## *2. La Ciencia Política Occidental*

La segunda corriente que influye en el desarrollo de la Ciencia Política latinoamericana proviene de las universidades e instituciones académicas de los Estados Unidos, y de manera secundaria, de Europa Occidental. La recepción e incorporación de esta influencia se cumple a través de pequeños grupos de profesionales, educados o perfeccionados en los Estados Unidos y Europa, bajo la influencia directa de sus centros.

Desde fines del siglo XIX, la Ciencia Política se constituye cada vez más en los Estados Unidos como disciplina autónoma, se institucionaliza en sus universidades, progresa rápidamente en la especialización, en el perfeccionamiento de métodos y técnicas de investigación empírica y, luego, también en la teorización. Sus orientaciones básicas, perceptibles ya en etapas anteriores, se perfilan claramente a partir de la Segunda Guerra Mundial, y reflejan los cambios producidos en la situación interna y en la posición y el papel internacional de los Estados Unidos.

Hacia 1945 los Estados Unidos emergen como primera potencia capitalista, con superioridad en niveles de desarrollo económico y tecnológico, logro relativo de paz social, de un sistema político estabilizado, y de grados relevantes de integración y consenso. A ello se agrega una fuerte concentración del poder en grupos económicos, políticos y militares, y la necesidad y la posibilidad de ejercer la hegemonía sobre el resto del bloque capitalista avanzado y sobre el Tercer Mundo. La satisfacción por el modelo interno es acompañada por la pretensión de ofrecerlo como paradigma al mundo entero, para reorganizarlo a la imagen y semejanza de la metrópolis y de acuerdo a los intereses y a la ideología de sus grupos dominantes. Estrategias globales y tácticas parciales van siendo elaboradas para el logro de tales objetivos. Constatada sin embargo la existencia de fuerzas y tendencias que, fuera y dentro de los Estados Unidos, cuestionan y amenazan esta perspectiva, se tiende a promover estructuraciones que aseguren la coherencia, el equilibrio, la auto-regulación, la conservación del orden existente, y las condiciones básicas de la hegemonía y la dominación.

Esta necesidad suscita la emergencia de formas culturales, científicas y técnicas que operen en tal sentido, y que permitan elaborar una ideología del status quo y, a través de ella y otros mecanismos convergentes, seleccionar los cuadros, ejercer una coacción que integre a los grupos e individuos y excluya a los desviantes. Las Ciencias Sociales son llevadas a cumplir un papel en esta dinámica, y el participar se ven influidas en su configuración, caracteres y orientaciones.

Como reflejo de una creciente división técnica y social del trabajo y de las tendencias conflictuales y centrifugas de la sociedad, la totalidad teórica estalla, el conocimiento y la acción se fragmentan en disciplinas particulares: las Ciencias Sociales. Ello se ve reforzado por el impacto sobredeterminante de las estructuras institucionales. El conocimiento se organiza socialmente y se fija en instituciones académicas y gubernamentales. La cultura se burocratiza. Enseñanza e inves-

tigación dependen cada vez más de núcleos concentrados de poder y decisión y de enormes aparatos (económicos, políticos, militares), que imponen sobre aquellas actividades sus intereses, demandas, ideologías, orientaciones, objetivos y normas. Una dinámica conservadora no tolera nada que contrarie sus premisas, o salga de los marcos de sus finalidades y previsiones. No se promueve en consecuencia los tipos de enseñanza y de investigación que sean objetivas, desinteresadas, críticas (excepto las que pueden emerger en los intersticios del sistema, por rivalidad entre instituciones o como reflejo de fuerzas disidentes o conflictivas). Esta enérgica acción estructurante influye en los cambios producidos en la situación y las posibilidades de los docentes e investigadores. Estos se vuelven cada vez más asalariados de categoría superior, apresados en la división del trabajo y en las actividades parcelarias, subordinados y condicionados, sumidos en la incertidumbre de status y de funciones, desarraigados de una sociedad global a la que realmente no representan, expresan ni educan.

La acción de los sociólogos y científicos políticos subsumidos en esta dinámica combina generalmente un doble movimiento. Por una parte, su actividad refuerza la parcialización en disciplinas particulares, mutuamente escindidas y competitivas, y consolida la fragmentación de la realidad humana, social y cultural en temas de investigación, con la consiguiente pérdida de aspectos importantes de la realidad. Por otra parte, individuos y grupos académicos con vocación tecnocrática, pretenden constituirse en grupos de presión y decisión y, utilizando el cuasi-monopolio de capacidad y eficacia, buscan descubrir e imponer soluciones técnicas para los problemas sociales y políticos. En parte como reflejo del sistema de poder, en el que grupos dominantes no académicos disponen de las palancas y variables estratégicas, en parte por la mentalidad y la pretensión de ascenso e influencia, los sociólogos y científicos políticos de corte tecnocrático incorporan y asumen las necesidades y exigencias del sistema. La investigación se concentra en la determinación de las condiciones que permitan mantener

y perfeccionar el orden existente, superar los peligros de disgregación, restablecer o crear la coherencia, la estabilidad, la supuesta racionalidad de la sociedad, asegurar su funcionamiento automático y auto-regulado.

Esta estrategia requiere la reivindicación de la objetividad científica, identificada con la neutralidad valorativa. Afirma la posibilidad de un pensamiento riguroso, totalmente depurado de ideologías. Dado que una ideología (inconsciente o escamoteada) subyace a esta afirmación, en realidad se propugna una ideología de la desideologización; una pretensión ilusoria de estar fuera de la Historia, por encima de las relaciones y las clases sociales y del sistema de dominación. El objetivismo se identifica con una prudente abstención que encubre la aceptación de la sociedad, del sistema político y de los valores dominantes, y que opera como refuerzo del conformismo y del apoliticismo. Este positivismo sofisticado constata y mantiene; estudia las desigualdades, las formas de explotación y opresión; las alienaciones y las coacciones, como datos, hechos cumplidos que de este modo resultan consagrados.

En esta caracterización general debe constatararse también la presencia de una actitud etnocéntrica, de un provincialismo relativo que opera durante largo tiempo en base a investigaciones centradas en Estados Unidos y desdeña los estudios comparativos. Con el ascenso de la metrópolis al poder mundial, la problemática interna es proyectada y universalizada, y el modelo norteamericano es propuesto como paradigma que deberían adoptar para su propio bien los países en desarrollo y las potencias capitalistas menores.

### *Orientaciones básicas*

La Ciencia Política norteamericana despliega cada vez más una convergencia de dos orientaciones básicas: el empirismo hiperfactualista y la teoría abstracta.

El *empirismo hiperfactualista* (el conductismo, por ejemplo) se lanza a la búsqueda de una Ciencia Política dotada de métodos y técnicas a modelar bajo los supuestos de las ciencias naturales. La investigación toma por objeto conductas observables, generadas por estímulos externos, más que referencias a datos subjetivos (fines, sentimientos, ideas) de los individuos y grupos observados. El empirismo técnicamente sofisticado se concentra en el logro y uso de procedimientos para observar, registrar, medir y analizar conductas. El énfasis cuantificador expresa un desdén subyacente por la teoría que lleva a la falta de visión de conjunto, a la inexistencia de sistematización a priori en hipótesis de trabajo y a la escasez de la sistematización a posteriori. La acumulación de datos como fin en sí mismo, con poca consideración de relevancia y del significado más amplio de los hallazgos, separa la explicación y la predicción de toda evaluación, lo cuantitativo de lo cualitativo; descarta los problemas realmente significativos; permite el logro de conocimiento fiable sólo respecto de las trivialidades de la realidad política. La selección de problemas, no por relevancia teórica o por significación social y política, sino por la disponibilidad de medios técnicos adecuados, torna no investigables sectores sustanciales del campo propio de la disciplina.

El hiperfactualismo, y la acumulación de informaciones y comunicaciones que caracteriza a los países desarrollados y al mundo actual, llevan a la saturación y a la confusión. A ello se une la desconfianza creciente por las ciencias humanas parceladas. Surge así la aspiración al logro de conjuntos simples y de ideas bien fundadas. Se reconoce la interdependencia estrecha entre teoría e investigación empírica. Se demanda una teoría empírica consistente e integrada, constituida por ideas generales, estructuras conceptuales, modelos sistematizados, hipótesis de trabajo y proposiciones explicativas, que sean relevantes para todos los aspectos de un sistema político y, al mismo tiempo, contribuyan a la emergencia de un campo unificado del saber social.

## *La teorización abstracta*

Esta demanda, unida a las exigencias generales del sistema que ya se indicó, confluyen la emergencia de una concepción de la teoría como forma pura de contaminaciones derivadas de las ideologías y las realidades contingentes. La teoría reivindica la objetividad, la impersonalidad, el desapasionamiento, la despreocupación por los correlatos empíricos y por las significaciones. Conceptos limitadamente válidos son de hecho cargados de ideología, usados de modo abusivo, transferidos de la abstracción a la realidad y de lo relativo a lo absoluto. El conocimiento pretendidamente riguroso se concentra en la combinación de elementos formales, en la estructuración y en la sistematización, excluyendo o subvalorando la dialéctica real, la historicidad, los conflictos y las posibilidades. Como en el marxismo dogmático, aunque por caminos distintos, surge el peligro de una desecación vital e intelectual que desemboca o se manifiesta en la retórica, la esterilidad, el metalenguaje, la teorización referida a sí misma y girando alrededor de sí misma.

Es pertinente aclarar, sin embargo, que estas tendencias se dan en la realidad de modo más complejo y matizado. El nominalismo de la sistematización debe combinarse con una tendencia al realismo, determinada por las exigencias sociales, políticas e históricas, por la práctica del conocimiento, por la necesidad de correspondencia entre las palabras y las cosas.

La resultante es, de todas maneras, la búsqueda de principios internos de existencia, cohesión, estabilidad, equilibrio, autorregulación, para los individuos, los grupos, las estructuras y, sobre todo, el sistema, a través de un formalismo que fetichiza las formas y las funciones. La sociedad es afirmada como sistema coherente, homogéneo, estable y auto-regulado. Su estructuración surge de una armonía social inherente, a la que fundan e integran la comunidad de los valores, el consenso espontáneo sobre diferencias y conflictos, la congruencia entre la personalidad básica y el sistema. La sociedad aparece así

como suma de instituciones articuladas que deben funcionar correctamente según una racionalidad ya alcanzada que se supone inmanente. El modelo implícito o explícito de equilibrio autorregulado debe permitir el descubrimiento de las condiciones para la absorción de las tensiones y desequilibrios amenazantes. Estructuras, funciones, sistemas, pasan a ser, de categorías y modelos de análisis, esencias y causas formales, alienaciones y reificaciones que ejercen a su vez efectos alienantes y reificantes. El acento es colocado en la combinación armónica de actividades, funciones y estructuras en el sistema integrado, y, como refuerzo, en las normas, los controles, las coacciones, las instituciones y las legitimaciones. Una parte considerable de la actividad teórica es destinada a la búsqueda de estructuras adecuadas para el cumplimiento de funciones particulares que son postuladas como requisitos para el mantenimiento de los sistemas políticos. Funciones, actitudes, roles, comportamientos, estructuras, son objeto de inventario y sacralización; se los configura en y como existencias dadas y cuadros sociales invariables, legitimados junto con las coacciones que los expresan y refuerzan.

El proyecto de sistematización integral refuerza la tecnolatría. La técnica recibe una adhesión acrítica, un culto incondicionado que convierte toda duda a su respecto en delito de lesa modernidad. Los éxitos tecnológicos permiten diferir la solución de otros problemas humanos y sociales, y eludir la responsabilidad de humanizar la sociedad y de liberar a grupos individuos. Potencia además el intento de cibernetar la sociedad y sus componentes.

A partir de las teorías y los datos y de la operación de las máquinas, se piensa en la posibilidad de insertar a los grupos e individuos en agregados analizables y de clasificarlos en tarjetas perforadas, como prerequisite para la super-organización burocrática y tecnocrática de la sociedad, del sistema político y del Estado.

Del análisis surgen otras consecuencias para la Ciencia Política. La sistematización abstracta subestima y descarta todo

lo que no encuadre en las premisas, los intereses consagrados y las previsiones diseñadas, o las contrarie. De este modo, dejan de captarse contenidos sustanciales, se atenúan o desaparecen las referencias a las relaciones sociales, los grupos, las praxis, las condiciones de la vida cotidiana. Se niegan las especificidades, las diferencias, las transiciones, las contradicciones y conflictos, como expresión de fuerzas sociales destrutturantes o reestructurantes, así como sus movimientos y estrategias, y sus potencialidades. La variabilidad, la creación, la sorpresa y los azares, son reducidas a la cuantificación de lo dado. La reivindicación del conflicto, del desequilibrio de la crítica, de la pasión, y la voluntad de compromiso con la práctica social y política para la transformación del sistema, es caracterizada e impugnada como desviación, disfuncionalidad, patología. En el plano técnico-profesional, la teoría se postula irrefutable, y niega valor científico a todo trabajo que no delimite su campo, lo recorte en fragmentos especializados, o incorpore las actitudes, los elementos y los problemas que se pretende descartar.

A ello se agrega el sentido atemporal o ahistórico de la teoría. Elaborada en un país donde el pasado tiene poco peso, no parte de la realidad histórica, sino que dirige hacia ella los conceptos, las categorías y los modelos solamente para ejemplificar y ratificar lo que ya se da por descubierto o comprobado. Dada sin embargo la imposibilidad de una prescindencia absoluta, la teoría-ideología de la estabilidad debe ser complementada y adornada por una teoría-ideología del cambio. Esta presenta al parecer una versión economicista-tecnicista, y una versión politicista.

En la *versión economicista*, la teoría escinde crecimiento y desarrollo, y se concentra en el primero, concebido y deseado como aumento gradual de tal o cual aspecto cuantitativo y mensurable, en progreso continuo y fácilmente previsible. El desarrollo es reducido a mero crecimiento, a un proceso modificatorio de las dimensiones y las estructuras, en transición o desplazamiento entre tipologías dicotómicas que equivalen a



estilos polares de integración, y primordialmente por influencia de factores externos (población, tecnología, agencias extranjeras).

El desarrollo es concebido además como predestinado a la imitación de los modelos proporcionados por los países que tempranamente recorrieron todo el ciclo de la industrialización, con desconocimiento a la vez de las condiciones específicas de aquéllos y de las sociedades sobre las que se pretende actuar. La sociedad es concebida como suma de compartimientos, aislables a voluntad, tratables por parte, y jerarquizados mediante un criterio que privilegia lo económico y lo tecnológico en desmedro de los aspectos y niveles sociales, políticos, psicológicos y culturales.

La *versión politicista* puede ser identificada con las teorías del *desarrollo político*. Estas no han llegado en realidad a ser todavía otra cosa que conjuntos de especulaciones e hipótesis, diversas por los enfoques, los temas y los métodos, y sin consenso sobre el concepto que las denomina. Presentan una yuxtaposición o una convergencia de puntos de vista normativos, conductistas y estructural-funcionalistas.

Aunque con antecedentes anteriores, la emergencia de las concepciones de desarrollo político se produce estrictamente desde la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias. El campo socialista se extiende, y diversifica los tipos de desarrollo en su propio seno, a la vez que el modelo socialista impacta en los países del Tercer Mundo. La descolonización acrece la importancia cuantitativa y cualitativa del Tercer Mundo y plantea el problema de la sucesión de los viejos imperios. Los nuevos Estados reactualizan o suscitan problemas relativos a la modernización, la organización política, el "Nation Building". Movimientos de masas revolucionadas participan en cambios sociales y políticos que afectan a regiones decisivas de la economía y la política mundiales. A ello debe agregarse la gama de necesidades que para el gobierno norteamericano surgen a la vez del liderazgo hegemónico en escala planetaria, y de los problemas derivados de la crisis colonial, el neutralismo,

la bipolaridad, la guerra fría, el Tercer Mundo, la nueva estructura de las Naciones Unidas; con todas las implicaciones políticas y militares que se conoce. La estabilidad de Asia, Africa y América Latina se vuelve prerrequisito para la vigencia de la hegemonía de los Estados Unidos y para el cumplimiento de sus objetivos de política exterior (inversiones privadas, asistencia técnica, freno de la influencia soviética y de los movimientos revolucionarios). El Departamento de Estado, el Pentágono, la Agencia Central de Inteligencia, comienzan a requerir los servicios de científicos sociales y políticos. Por otra parte, y en un sentido más estrictamente científico, la nueva temática ejerce una atracción intrínseca sobre los especialistas, no ya meramente por sus implicaciones pragmático-políticas, sino también por las posibilidades de enriquecimiento de la propia actividad y de trabajo interdisciplinario que ofrecen la amplitud y la complejidad del campo que se abre. Se intensifica así cada vez más el interés académico por las investigaciones y las teorizaciones respecto a este ámbito problemático, y por la oferta de soluciones operacionales. El desarrollo político se vuelve foco general de una masa creciente de análisis. Una primera etapa, se concentra en estudios de casos nacionales aislados, considerados como únicos y dotados de identidad idiosincrática, y sin comparación con otros países. Sigue rápidamente una segunda etapa, enfocada en los estudios comparativos entre países del Tercer Mundo, y entre éstos y los más antiguos y desarrollados. Las teorías del desarrollo político obtienen sus perfiles primarios, y van exhibiendo algunas de sus características y consecuencias más relevantes para la Ciencia Política del Tercer Mundo y de América Latina, entre las cuales se destacan las siguientes.

Ante todo, a partir de datos e índices insuficientes, y de una confusión entre niveles y etapas, se hacen inferencias que parecen pretender una validez general, indiscutible, cuando en realidad constituyen más proposiciones descriptivas que teorías explicativas.

El modelo de desarrollo político de los Estados Unidos y de Europa Occidental, —sus fuerzas actuantes, interrelaciones y secuencias, sus formas institucionales y sus prácticas—, es presentado como paradigma de superioridad innata. Sus formas, estructuras, funciones y resultados son postulados como requisitos universales de equilibrio para cualquier sistema político desarrollado. Del mismo marco de referencia extrae el cientista político los conceptos, las categorías y la terminología. Se supone además la posibilidad y conveniencia de la repetición histórica, el paso necesario de toda sociedad nacional por etapas de desarrollo ordenadas en sucesión linear. Como corolario, se proponen estructuras y sistemas que se supone maximizarán las pautas de conducta y organización deseables desde el punto de vista del cientista político que adhiere a esta perspectiva. En algunos casos, se llega incluso a visualizar a las instituciones y prácticas políticas como tecnología pura, dissociada de intereses, valores e ideologías, y susceptibles entonces de importación y sobreimposición a las sociedades en desarrollo. La "Political Science" se vuelve "Policy Science".

Las limitaciones del enfoque se revelan particularmente en las correlaciones establecidas entre los diversos niveles del proceso global. En algunas versiones parece afirmarse la existencia de una correspondencia o similitud entre etapas de desarrollo económico tipo Rostow con otras de desarrollo político. El sistema político y el gobierno son visualizados como variables dependientes, epifenómenos de otros factores determinantes. Lo político en sí mismo no es considerado como variable esencial y formativa en un proceso de cambio social, y es subestimado el papel del Estado en el Tercer Mundo. Cuanto más, se trata de descubrir cuáles son los prerrequisitos políticos que deben reunirse para la solución de los problemas propios de cada estado. En otras versiones, sistema político y gobierno parecen reducirse a mecanismos institucionales abstractos, purificados de toda determinación y condicionamiento, para el procesamiento de insumos y productos sociales.

La naturaleza del desarrollo político permanece aun en la oscuridad. No se esclarece en qué condiciones, de qué modo, llegaron a existir los sistemas políticos modernizados de Occidente. No se prueba la existencia de regularidades discernibles en los procesos de desarrollo, estados, secuencias de cambio, problemas y crisis similares. Tampoco se ilumina la naturaleza de las sociedades y sistemas políticos tradicionales de los que emergen los procesos transicionales hacia el desarrollo político y la modernización. Nada demuestra irrefutablemente que sea posible y deseable que países del Tercer Mundo se transformen para lograr el modelo de sistema político que se postula como paradigma del desarrollo. Se niega, o se admite de modo muy hipotético, que diferentes estilos y sistemas políticos pueden enfrentar y resolver una crisis similar del desarrollo socio-económico. Si un Estado no cumple las funciones ni crea y afirma las estructuras que se supone configuran el sistema político de un país adelantado, es calificado como políticamente subdesarrollado.

Algunas implicaciones ideológicas resultan aún más evidentes. Así, se suele postular la existencia de un conflicto entre el desarrollo económico y el desarrollo político, entre la estabilidad y la participación. La movilización de masas es mirada con pesimismo, suponiéndose que si adquiere demasiada intensidad y rapidez y se traduce en demandas excesivas de tipo económico, educacional y cultural, puede llevar a la quiebra del sistema. Se postula además una identificación rigurosa entre democracia política y economía de empresa privada, y se recomienda establecer estructuras que favorezcan a la segunda como condición de desarrollo político.

El análisis precedente sobre las características y orientaciones de la Ciencia Política norteamericana peca evidentemente de simplificación y esquematismo. Ello obliga a reconocer que en esa disciplina han emergido y actúan tendencias renovadoras, divergentes y críticas respecto de las indicadas. Debe también constatar que la Ciencia Política norteamericana ha efectuado contribuciones positivas que imposibilitan pres-

cindir de su conocimiento y uso de modo indiscriminado. Tales aportes se refieren, por una parte al refinamiento de los métodos y técnicas de recolección y procesamiento de datos; y por la otra, a la producción de esquemas teóricos y analíticos, hipótesis, determinación y uso de variables, exploración de interacciones. Las implicaciones políticas e ideológicas que más arriba se señaló han sido constatadas y denunciadas por muchos científicos sociales y políticos de los Estados Unidos que, por otra parte, han desplegado muy respetables actitudes de integridad e independencia, de compromiso y simpatía con las fuerzas y tendencias transformadoras de su propio país, del Tercer Mundo y de América Latina.

Consideradas las dos grandes corrientes teórico-ideológicas que confluyen en la reciente emergencia de la Ciencia Política latinoamericana, es pertinente considerar a continuación los agentes y los marcos institucionales, el encuadre político general, y las consecuencias que resultan de toda la constelación bajo análisis.

#### IV. *Los Agentes y las Instituciones*

Los científicos políticos constituyen todavía en América Latina un grupo a la vez reducido, poco diferenciado y heterogéneo. La disciplina es aún reciente y en formación, apenas reconocida, institucionalizada y prestigiada. De hecho, fluctúa en una especie de tierra de nadie, abierta por todas sus fronteras, expuesta a invasiones de diverso tipo. Oscila entre la literatura política de circunstancias, el Derecho (Político, Constitucional, Administrativo), la Sociología, la Sicopogía, la Antropología. Se expresa a través del panfleto, el discurso ideológico o culturalista, el ensayo, la formulación teórica, la investigación empírica. Es practicada por especialistas que parten de diversas formaciones profesionales, completadas en va-

riable grado por el auto-didactismo, los cursos de pos-grado, o un entrenamiento específico para el ejercicio estricto de la disciplina.

Considerados como grupo técnico-profesional, los científicos políticos carecen de integración y de homogeneidad en los enfoques y estrategias de trabajo. Ello parece estar determinado, entre otros factores, por las diferencias de origen, formación, orientación teórica e ideológica, inserción institucional; y por los conflictos que emergen de todo ello, de las limitadas posibilidades ocupacionales, y de la inseguridad social y política. Si se intenta un examen más detallado, puede suponerse como hipótesis la existencia de una dialéctica de conflicto e integración entre los diferentes grupos y, sobre todo, entre las dos grandes orientaciones que se consideró en la sección anterior.

Los elementos explicativos del conflicto y de la falta de integración grupal aparecen en ambas corrientes generales, y se relacionan e interactúan.

### 1. *Enajenación, dogmatismo, sectarismo*

Ambas tendencias sufren los efectos de una tradición alienada hacia los centros externos, y del impacto objetivo de la dependencia socioeconómica, política y cultural. Dependencia y enajenación hacia lo externo se manifiestan de diversas pero convergentes maneras.

En el campo de la izquierda (estrictamente marxista o nacional-populista), no se ha cumplido plenamente la superación crítica del dogmatismo ideológico-político hasta ahora vigente, que se conserva bajo formas atenuadas o modificadas. En algunos casos, se mantienen elementos esenciales de la tradición stalinista, considerando sus deformaciones y falacias como incidentales o secundarias. En otros casos se recrea un nuevo dogmatismo que pretende la recuperación de una ortodoxia

ontológica, hace el peregrinaje a las fuentes, libra la guerra de las citas, pretende incluso efectuar un análisis marxista del marxismo que puede desembocar en el autoencerramiento suficiente y la redundancia sin nueva creación (¿Louis Althusser y su escuela?). La obsesión de la pureza doctrinaria va acompañada por el temor a la herejía posible en uno mismo, y por la sospecha permanente del mismo peligro en los demás. Se ve la contaminación y la claudicación en todo el mundo y en todas partes. El espíritu de secta auto-valoriza al intérprete individual y a los otros miembros del mismo grupo, y desestima o niega a los disidentes y rivales. Una variante "izquierdista" del terrorismo ideológico prefija lo que se puede o no se puede pensar y hacer, y evalúa con rigor implacable las conductas y las obras, no tanto por su contenido intrínseco, sino en función del apartamiento respecto a la versión subjetiva de la ortodoxia, de las asociaciones personales que se mantiene, de las instituciones en que se trabaja, de los órganos en que se publica, o de los países que se visita. El dogmatismo sectario lleva en algunos casos el rechazo del proceso científico universal, y de los métodos y técnicas de investigación que se elaboran y aplican en centros norteamericanos y europeos, lo que puede ir acompañado por la falta de alternativas teóricas y prácticas que resulten adecuadas y operativas.

En el otro campo, parece desplegarse en muchos casos una actitud imitativa y dependiente hacia la Ciencia Política proveniente de los Estados Unidos, que es aceptada de modo poco crítico, como totalidad sin limitaciones ni conflictos internos. Dentro de esta misma corriente puede darse, o bien un énfasis en la teorización abstracta, la manipulación retórica, el uso de un lenguaje esotérico y de formas mágicas de pensamiento; o bien una acentuación del empirismo y del pragmatismo que se expresa como desconfianza del esfuerzo crítico y de la especulación teórica. Se introduce la problemática propia de otras estructuras y sistemas, y se tiende a recepcionar pasivamente lo ya dado en otros países y regímenes como pauta necesaria y deseable para el desarrollo nacional espe-

cífico. La neutralidad valorativa, identificada con el rigor científico, es vigorosamente afirmada como entidad metafísica, desligada de valores, orientaciones y compromisos sociales y políticos. Puede llegar a colocarse un énfasis exclusivista en el método matemático y en la cibernética, con olvido o subestimación del esfuerzo teórico y metodológico; desdén por las condiciones socio-políticas del rigor científico; falta de adaptación de las técnicas y las tareas a las posibilidades nacionales para la modificación de estas últimas; tendencia a buscar la respuesta exacta a problemas falsos o irrelevantes. Otras orientaciones y actividades científicas son subestimadas o negadas. Toda teoría que no encuadre en las propias premisas y exigencias es considerada carente de valor científico, y sus adherentes y practicantes discriminados en diverso grado.

## *2. Desarraigo, inoperancia, participación ficticia*

Los científicos políticos no han llegado a ser un grupo profesional reconocido y valorado en las sociedades de América Latina. La necesidad de su existencia y su funcionalidad no aparecen evidentes para el público medio ni para ningún grupo social significativo e influyente. El mero nombre de la disciplina, su objeto manifiesto, subrayan el carácter peligroso, potencialmente subversivo, de la actividad. Su situación institucional es también incierta. En el mejor de los casos, constituyen enclaves tolerados en las universidades y en los órganos gubernamentales, en posición precaria y siempre amenazada. El terrorismo ideológico y práctico de la derecha conservadora, la discriminación o la represión física, constituyen una posibilidad que puede actualizarse en cualquier momento. La Inseguridad, la discontinuidad, la sensación de desarraigo, aislamiento e inoperancia, integran necesariamente la personalidad de los científicos políticos. Sus efectos y modos de reacción varían sin embargo en los dos campos analizados, e incluso en los diferentes grupos e individuos.



En el campo de la izquierda, el impacto y la reacción ante aquellas situaciones pueden manifestarse de diversas maneras, con frecuencia combinadas. Una de ellas une la nostalgia del pasado, la fetichización de la historia y el subjetivismo voluntarista. Las revoluciones exitosas son objeto de veneración y conmemoración, a la espera de su repetición en el propio país. Los fracasos son considerados incidentales e interpretados de manera insuficientemente crítica, y se espera su no repetición por el descubrimiento de las fórmulas que asegurarán el triunfo en la próxima coyuntura. De manera casi mística se postula la existencia de condiciones favorables para el cambio revolucionario, cuya concreción sólo requeriría la profundización de la crítica del sistema, el programa impecable y las consignas justas. Se oscila entre los sueños abstractos, y un realismo limitado que extrapola muchos elementos de lo existente y los proyecta hacia el futuro.

En otra variedad del mismo campo, se experimenta una culpa difusa por haber nacido fuera de las masas, por ser intelectual, y por gozar de privilegios que se estima inmerecidos. Ello acentúa el sentimiento de aislamiento y frustración, y el deseo compulsivo de lograr aceptación, participación y eficacia. Como consecuencia, se hacen o no se hacen cosas, en función de cómo se supone reaccionaría el público intelectual, estudiantil, popular, político, que se tiene como marco de referencia. Se despliega actitudes de simpatía poco crítica y defensa incondicional de las más diversas variantes del nacionalismo, el populismo, el bonapartismo, el desarrollismo, los regímenes militares. Cualquier etapa provisoria por la que hayan pasado, pasan o puedan pasar el proceso político y la experiencia, la conciencia y la organización de las masas, en el propio país, en América Latina y en el mundo, puede llegar a ser aceptada como manifestación necesaria y valiosa de lo que se postula como "la Realidad" o como la creación de condiciones para el cambio. Por mecanismos similares, la idealización y el culto de sistemas y personalidades se transfieren, de

la URSS o Stalin, a otras expresiones del bloque socialista y del Tercer Mundo.

En el campo opuesto, la predisposición al realismo neutro, al conformismo y al apoliticismo, llevan a la aceptación básica del sistema como algo dado y no susceptible de modificaciones sustanciales. La constatación objetiva de las formas vigentes de poder, explotación y opresión las consagra de hecho como inherentes a cualquier sociedad humana; o bien las considera modificables relativamente por la acción de ciertos científicos políticos y sociales, capacitados a tal efecto, a través de la proposición de soluciones técnicas y de su aplicación a través de la influencia a ejercer sobre los grupos de poder. La inserción en posiciones institucionales, académicas o gubernamentales es considerada prerequisite para operar como poder detrás del trono o consejero del príncipe. Esta estrategia puede llevar a subvalorar o a descartar, en la teoría y en la práctica, toda fuerza, alternativa o proyecto que sea inaceptable para los grupos dominantes cuyo reconocimiento se quiere obtener.

Los límites de este proyecto tecnocrático parecen resultar restringidos. Los científicos políticos (y sociales) que exploran esta posibilidad difícilmente logran estructurarse como grupo y como aparato, y carecen de mando real. Las élites de poder (económico, político, militar) disponen de los resortes y variables estratégicas, reconocen y formulan oficialmente los problemas, imponen las opciones, eligen entre las soluciones propuestas por los técnicos.

El desarraigo, la reducida operacionalidad, las tentativas de integración ficticia, actúan como factor disgregante del grupo general de científicos políticos, en la medida en que refuerzan en definitiva los sentimientos y actitudes de inseguridad, la competencia por los recursos escasos y las oportunidades insuficientes, y el entrenchocar de estrategias divergentes o antagónicas.

### 3. Factores integradores

Los elementos de conflicto se entrelazan con el operar de factores integradores, en una dialéctica en la cual los segundos quizás tienden en definitiva a prevalecer.

El primer factor a considerar se refiere a la similitud de origen social, de formación, de trayectoria, de actitud psicológica y de modos operativos. Puede sospecharse incluso la existencia de una cierta actitud tecnocrática que subsume a la mayor parte de los integrantes del grupo, por encima y más allá de divergencias teóricas, ideológicas y políticas. Ello se manifiesta en la creencia más o menos consciente sobre la tenencia de una capacidad superior para incorporar los elementos más avanzados de la ciencia y la tecnología en función de la planificación y racionalización de la vida económica y social, o incluso para llegar a obtener algún grado de liderazgo político. Parece existir más preocupación por constatar lo dado en el sistema, sobre todo las formas de poder, opresión y alienación, que por determinar las posibilidades efectivas o virtudes de resistencia y contradominación. Puede llegarse incluso a una idolatría (a menudo inconsciente) del poder, del Estado y de los aparatos, a una subestimación de sus deformaciones posibles, a una aceptación de las coacciones. Parecería en cambio existir menor preocupación por la apertura en favor de la irrupción de fuerzas sociales que ejerzan efectos descongelantes y destructurantes, y por la promoción de lo nuevo, lo imprevisto, lo posible.

Los factores integradores se relacionan asimismo con la inserción en los mismos marcos institucionales; el manejo común de teorías, técnicas y problemas; la emergencia en ambos campos de actitudes de apertura y revisión crítica; la mutua fertilización; la relativa convergencia de enfoques; la comunidad de dificultades y amenazar a enfrentar. Todo cientista social en América Latina, cualquiera sea su pretensión o su grado efectivo de neutralidad, se convierte cada vez más en

elemento sospechoso, predestinado al papel subversivo, visualizado siempre con sospecha por quienes detentan el control del sistema de poder. En condiciones de peligro común, la integración parece volverse cada vez más necesaria. Antes de analizar sus posibilidades, merecen alguna atención los aspectos institucionales de la actividad. Se examinará brevemente lo relativo a la Universidad, el Estado, los entes regionales, la cooperación internacional pública y privada.

#### 4. *La Universidad y el Estado*

La Ciencia Política se institucionaliza de manera tardía y limitada, primero en la Universidad, luego en organismos académicos independientes de aquélla y del Estado.

Salvo precarias primaveras de tolerancia y progresismo, el clima social, político e ideológico en América Latina ha sido y es desfavorable a una Ciencia Política libre, crítica e innovadora. A la resistencia del mundo "oficial" contra todo lo que implique cambio en profundidad o pueda estimularlo, se agrega la persistencia de pautas tradicionalistas de cultura y organización. La Universidad nunca logra ser autónoma de modo efectivo y perdurable. Los grupos de intereses y de poder oscilan entre la desconfianza y la hostilidad hacia aquélla, alimentando un conflicto siempre latente que detona de modo recurrente y violento.

La presión de los grupos dominantes y del gobierno sobre la Universidad impone limitaciones y tabúes respecto de sus orientaciones generales y de sus tareas concretas, estimula una prudencia esterilizante e incluso una auto-censura preventiva. Se manifiesta y opera a través del apoyo a las viejas direcciones universitarias; de la imposición de elementos adictos (reaccionarios y/o asépticos); del hostigamiento, del retaceo o distribución sin equidad de recursos escasos; de la interferencia sobre la ayuda externa. El conflicto latente desemboca perió-

dicamente en represión abierta, depuración e incluso destrucción de escuelas e institutos.

En la mayoría de los casos, en la Universidad siguen prevaleciendo equipos de dirección y docencia absoletos y superados por nuevas promociones, pero ligados a los grupos dominantes y a las élites de poder, que defienden sus intereses y los del sistema, controlan las decisiones y limitan las tentativas innovadoras. Las estructuras institucionales y organizativas han envejecido y se han vuelto totalmente inadecuadas, lo mismo que las orientaciones, los programas, el instrumental teórico, metodológico y técnico. La docencia predomina sobre la investigación y la desplaza. En estas condiciones, la Ciencia Política carece en parte de base institucional independiente; ha sido mantenida o introducida en las carreras de Derecho, Sociología y Economía, como cenicienta aislada y subestimada. En otros casos, se ha llegado a crear escuelas e institutos con dedicación específica a la disciplina, si bien en número reducido, y como enclaves que no modifican el marco institucional general, las estructuras y las orientaciones de la Universidad en su conjunto. Carecen de representación o de peso en las decisiones, y deben someterse en mayor o menor grado a los grupos y organismos tradicionales. Su localización, sus posibilidades, orientaciones y funciones se tornan necesariamente ambiguas. Divergen con las de las instituciones y órganos tradicionales, y tratan de expandirse e innovar, pero se ven al mismo tiempo forzados a los compromisos, las auto-limitaciones y la auto-censura. Víctimas de la discriminación gubernamental y universitaria en la asignación de recursos de por sí escasos, no gozan de un financiamiento suficiente para la obtención en grado adecuado de personal, infraestructura, equipos e información. El déficit se manifiesta sobre todo en el campo de la investigación.

En materias de personal calificado, se produce una paradójica coexistencia de escasez y de plétora. La producción de científicos políticos calificados en América Latina es todavía muy reducida, pero en el mal definido campo de la disciplina

entran a competir profesionales provenientes de ramas vecinas, y la demanda es de todos modos inferior a la oferta. A la subutilización del personal disponible se agrega la inestabilidad y mala utilización del que se halla ocupado (poca generalización de la dedicación exclusiva; insuficiencia de recursos para las investigaciones; inseguridad). La discontinuidad en los planes y proyectos de docencia e investigación contribuye más aún a la baja del nivel de rendimiento.

Las posibilidades de autonomía y eficacia de los científicos políticos se ven más aún reducidas por otra circunstancia. La escasez de recursos y oportunidades, la inseguridad, la multiplicación de tensiones y conflictos dentro y fuera de la Universidad agravan la lucha por la conservación de lo poco que se puede lograr, dividen a los científicos sociales (individualmente y por grupos), según diferencias de calificación, orientación, afiliación política y pertenencia generacional. Se genera y mantiene así una puja permanente por el control, la defensa y la expansión de posiciones institucionales, la aplicación de criterios particularistas y cooptaciones, la creación de micro-feudos y micro-mandarinos.

La irrupción masiva del estudiantado en la Universidad agrega otro elemento más a la crisis, que se proyecta en varias direcciones. Vuelve más insuficientes aún los recursos disponibles para la enseñanza y, sobre todo, la investigación. Agrava un recargo de tareas docentes y administrativas que reduce aún más el rendimiento. Refuerza considerablemente el proceso de politización de la Universidad y, a través de ello, la gama de conflictos ya existentes entre sus diversos componentes y entre las tendencias contrapuestas. Esta presión estudiantil produce reflejos diversos. Algunos científicos políticos recusan frontalmente la intervención politizada del estudiantado en el proceso universitario, y pueden llegar incluso a integrar un frente único a tal efecto con elementos reaccionarios. Otros acentúan, en la medida de lo posible, el carácter neutral y abstracto de su trabajo. Otros, finalmente, elevan la temperatura político-ideológica de su producción y de su docencia, por te-

mor a ser superados y descalificados. La multiplicación de tendencias extremas en la Universidad, y la falta de criterios mínimamente objetivos de evaluación, tornan con frecuencia kafkianos los intentos de reajuste.

De modo general, la reacción de los científicos políticos ante las situaciones analizadas puede traducirse en el abandono definitivo de su actividad y la transferencia a campos más sosegados y lucrativos; la intensificación de la neutralidad y el conformismo; o el desplazamiento hacia otras universidades latinoamericanas, los organismos internacionales o los centros académicos de algunos países desarrollados.

Como subproducto de la crisis analizada aparece la alternativa de los *institutos independientes* de la Universidad oficial y del gobierno. En los países donde han emergido, han permitido la integración y el mantenimiento de equipos profesionales, incluso de Ciencia Política, la preservación de la autonomía y de la libertad científicas, un grado mayor de coordinación, racionalización y expeditividad del trabajo. En su dinámica parecerían aparecer, por otra parte, algunas posibilidades inquietantes. Su difusión puede llevar a una dispersión de esfuerzos y recursos. Pueden crear condiciones favorables para el desarrollo de orientaciones particularistas, de la sectarización y del mandarinato. La necesidad de supervivencia institucional y de recursos financieros y mercados de trabajo podrían crear la tentación de colaborar con ciertos tipos de gobiernos que ejercerían presiones nocivas sobre su autonomía. Necesidades similares podrían agravar la dependencia externa hacia organismos de países desarrollados. La demanda de proyectos por instituciones patrocinantes, nacionales o extranjeras, debilitaría los prerrequisitos de orientación sistemática y de continuidad en la estrategia científica.

Una tercera alternativa consiste en que los científicos políticos desempeñen funciones como tales en el Estado (central, provincial, municipal) o en sus entes descentralizados. La mejor oportunidad al respecto ha sido proporcionada hasta ahora por regímenes más o menos progresistas e innovadores.

Su perduración como tales, o su aptitud para un despliegue persistente de políticas transformadoras, parecen hasta la fecha haber sido precarias. La regla general tiende a ser cada vez más el gobierno tradicionalista o reaccionario, de viejo o nuevo tipo. En cualquiera de las posibilidades, el cientista político, individualmente o por grupos, suele carecer de base social sólida, de poder efectivo y de status reconocido. Los gobernantes y funcionarios tienden a desconfiar del cientista político, o no logran imaginar cuáles podrían ser sus formas de trabajo técnico que al mismo tiempo sean susceptibles de aplicación pragmática para el Estado y sus estrategias, planes y proyectos. En resumidas cuentas, el gobierno puede utilizar al cientista político como ideólogo del equipo de turno en el poder, a riesgo de afectar su integridad y su eficacia. Puede también reducirlo a funciones burocráticas que malgasten su talento y su entrenamiento. Puede finalmente ocuparlo en tareas simbólicas, teóricas o sectoriales, sin aplicación práctica o sin proyecciones transformadoras.

##### 5. *Los organismos internacionales*

Las instituciones internacionales de tipo público, tales como las Naciones Unidas, sus organismos centrales y regionales (UNESCO, OIT, UNICEF, CEPAL-ILPES), o el Banco Interamericano de Desarrollo, han cumplido un papel positivo considerable que resulta imposible desconocer. Su carácter intergubernamental ha permitido reducir las posibilidades de presiones políticas y de discriminaciones ideológicas de tipo directo. Se han convertido así frecuentemente en lugar de refugio y trabajo creativo para los innumerables latinoamericanos víctimas de la falta de oportunidades y de las persecuciones en su país de origen. La diversidad de procedencias ha permitido integrar elementos y enfoques provenientes de orígenes nacionales, científicos y políticos muy diversos. Ha po-



sibilitado una visión de conjunto de América Latina, la realización de estudios globales, el refinamiento de perspectivas teóricas, de esquemas analíticos y de técnicas de investigación. Ha iniciado o intensificado la exploración de campos inéditos o poco considerados hasta hace algún tiempo. El adelanto científico y tecnológico consiguiente en varias ciencias sociales ha interactuado con una vocación realista y pragmática.

Para un balance equilibrado, debe constatarse otros hechos de sentido inverso. Los organismos internacionales, no han podido ni pueden suplir totalmente los esfuerzos nacionales. La coordinación entre ambos niveles ha sido en muchos casos deficiente. El ejercicio prolongado de la función internacional puede producir en los científicos sociales un desarraigo que debilita la percepción, la pasión y la creatividad. La presión de los gobiernos latinoamericanos y, a través de ellos, de grupos de interés y de poder, nunca desapareció totalmente y en la actualidad, debido quizás a las tendencias generales del proceso latinoamericano e internacional, parecen intensificarse. Ello ha supuesto, por una parte, la necesidad que los organismos internacionales satisfagan requerimientos específicos de los gobiernos, postergando objetivos de investigación básica a largo plazo por exigencias más pragmáticas, limitadas y de corto plazo de asistencia técnica. Por otra parte, la presión gubernamental ha creado la necesidad de producir materiales aceptables y, por lo tanto, de omitir temas irritativos, especialmente los de tipo político, de utilizar un estilo depurado hasta la abstracción aséptica, de efectuar adaptaciones y supresiones, de ejercer cierta censura, y, de todos modos, de promover actitudes de auto-censura.

En el campo que se analiza, el apoyo de varios organismos internacionales ha posibilitado la creación de la Escuela Latinoamericana de Ciencias Políticas y Administración Pública, integrante de la FLACSO, destinada a la formación a nivel de postgraduado de profesores, investigadores y especialistas en aquellas materias.

## 6. *Universidades y Fundaciones Extranjeras*

Las universidades y fundaciones extranjeras, sobre todo las de los Estados Unidos, han desempeñado un papel considerable, casi decisivo, en la formación, la docencia y la investigación de las Ciencias Sociales y de la Ciencia Política en América Latina. Esta influencia es atribuible a un complejo de factores: el papel hegemónico de los Estados Unidos en la región, y sus objetivos estratégicos, políticos y técnicos y la fuerte institucionalidad de dichas universidades y fundaciones; el avance de la Ciencia Política norteamericana en algunos aspectos y niveles, y el debilitamiento y atraso correlativos de los centros europeos; el nuevo interés por América Latina en los centros académicos del Norte; el descrédito del marxismo dogmático y la búsqueda de nuevas posibilidades y orientaciones; la elevación de status y de posibilidades ocupacionales que la vinculación con las instituciones norteamericanas posibilita para los científicos de la región.

La vinculación ha operado esencialmente a través del entrenamiento de docentes e investigadores en los Estados Unidos, de las investigaciones conjuntas realizadas en aquel país y en América Latina, y del financiamiento de centros nacionales y regionales.

Este sistema de relaciones ha tenido aspectos positivos que no pueden ser ignorados, como apertura y enriquecimiento de posibilidades científicas de diverso tipo. Ello no autoriza a olvidar los aspectos negativos en función de una evaluación realista que posibilite el replanteo de la relación tal como se ha dado hasta el presente. El análisis debe distinguir: los efectos que provienen de los centros metropolitanos, y los que provienen de los protagonistas locales.

En general, y salvo honrosas excepciones, los centros metropolitanos han tendido a establecer sistemas peligrosos o inadecuados de cooperación. La acentuada asimetría básica en la relación redujo o suprimió la posibilidad de negociar de igual a igual. En la mayoría de los casos, los centros norte-

americanos han actuado al parecer con la convicción subyacente que lo que es bueno para Estados Unidos debe ser bueno para América Latina, y que sólo puede ser bueno para ésta lo que es bueno para los primeros. El realismo y la equidad exigen de todos modos distinguir dos tipos muy diferentes de casos.

Por una parte, el gobierno de Estados Unidos, sus agencias y diversos grupos de poder económico, político y militar, han promovido o controlado en una serie de programas y proyectos de asistencia técnica para la formación profesional, la docencia y la investigación. Estos han operado así al servicio de dichos intereses y objetivos. Han tratado de crear condiciones favorables para el intervencionismo manipulador en la sociedad y la política nacionales, a fin de consolidar un modelo de estabilidad al servicio del statu quo, de las inversiones y de los objetivos estratégicos de la metrópolis, y tratando de obstaculizar o seleccionar los cambios y de prevenir o impedir todo desarrollo revolucionario. A tal fin se ocultó cuidadosamente el origen, los fines y los mecanismos de las iniciativas, y se utilizaron medios como contratos no públicos con universidades y el recurso a fundaciones de fachada. La mera referencia al Plan Camelot exime de abundar al respecto.

Por otra parte, existen casos no cuestionables por las intenciones subjetivas de los promotores y los objetivos buscados, pero criticables en otros aspectos. Estos se refieren ante todo a la existencia de actitudes y procedimientos de suficiencia, paternalismo, manipulación y colonialismo científico y cultural.

En estos casos, se ha partido de una concepción etno-centrista, que tiende a universalizar las teorías y modelos que se han elaborado y aplicado en los Estados Unidos, buscando su aplicación en América Latina. Esta pretensión se ve agravada por el hecho que América Latina ha tenido hasta hace poco tiempo en los Estados Unidos escaso prestigio académico como campo de trabajo para la Ciencia Política, y ello se reflejó en el reducido número y sobre todo el bajo nivel de formación de tales especialistas. Para muchos de éstos, América Latina

constituyó durante un tiempo una especie de zona de frontera para aventuras intelectuales de diversa índole. El déficit se manifestó, no sólo en la abundancia de casos de evidente incompetencia, sino también en la ignorancia de datos fundamentales, en la incomprensión de las especificidades, en el uso de estereotipos, en la inadecuación de las teorías y los métodos que se ha intentado aplicar. Ello ha ido generalmente acompañado por una subestimación de la capacidad intelectual y científica de los latinoamericanos, incluso en una frecuente insensibilidad y falta de respeto hacia ellos.

Las negociaciones sobre la organización o apoyo de centros y sobre programas y proyectos de docencia y de investigación en América Latina, han impuesto frecuentemente normas rígidas que en algunos casos han reflejado los intereses y metas del sistema metropolitano y de sus grupos dominantes, y en otros los prejuicios, las preocupaciones y las orientaciones de sus instituciones académicas y de sus principales científicos sociales. Ello se ha manifestado sobre todo en cuanto a los objetivos, los temas, las teorías y modelos, los requerimientos metodológicos y técnicos, las formas organizativas. De modo correlativo, se ha limitado o imposibilitado la exploración de otras alternativas más adecuadas a las realidades y exigencias de las sociedades latinoamericanas.

Las orientaciones, los trabajos y los resultados han surgido y se han concentrado así según prioridades cuestionables, con poca o ninguna relevancia para los países latinoamericanos en cuestión. Pese a la creciente contribución de los centros, grupos e investigadores individuales de las Ciencias Sociales y de la Ciencia Política de América Latina, ellos han logrado escasa participación en las decisiones sobre el diseño y orientación de los trabajos y en el disfrute de los resultados. Se ha establecido de hecho una relación colonial: compra de mano de obra científica a bajo costo (investigadores, equipos auxiliares) y de materia prima (especulación teórica, verificación de métodos y técnicas, datos), para su elaboración en la metrópolis, y luego venta de bienes terminados (libros, artículos),

todo ello complementado con la asistencia técnico-financiera que permite mantener y realimentar el circuito.

Otros inconvenientes conexos deben ser también indicados. La coordinación entre los centros e investigadores de Estados Unidos y las instituciones gubernamentales y académicas de América Latina ha sido débil y defectuosa. En los centros metropolitanos han prevalecido a menudo orientaciones contradictorias y erráticas, sin propósitos claramente definidos y sujetos además a periódicas modificaciones. Los centros e investigadores latinoamericanos han pasado en muchos casos a una situación de dependencia. Estas circunstancias, y el carácter esporádico y temporalmente limitado de la ayuda, no han permitido generar mecanismos estables de actividad científica local. La imposición de pautas correspondiente a los centros de Estados Unidos ha elevado los niveles de exigencias en cuanto a objetivos, organización, técnicas y equipos. Ello, además de no adecuarse a las necesidades y posibilidades reales de la docencia y de la investigación en América Latina, ha contribuido a generar ilusiones sobre la disponibilidad ilimitada de cuantiosos recursos; ha fomentado el aventurerismo, el burocratismo y el despilfarro; ha elevado los costos locales; ha desalentado el proyecto y el logro de metas más realistas con medios más modestos.

La responsabilidad de los científicos sociales y políticos de América Latina en esta situación no puede ser ignorada. Basta recordar la existencia y el despliegue de actitudes independientes e imitativas, la aceptación acrítica, la identificación incondicional, la mimetización, no sólo con respecto a las teorías, los modelos y los métodos, sino incluso respecto de las falsas o defectuosas imágenes sobre América Latina que provienen de algunos de los centros metropolitanos. En muchos científicos latinoamericanos ha existido un sentido de menor valía que impide asumir y desarrollar plenamente las propias aptitudes, las posibilidades de autonomía, la fidelidad a los intereses y exigencias de la especificidad regional y nacional, y, en definitiva, la creatividad real. No han faltado incluso las actitudes

de pretendido maquiavelismo, que han intentado combinar la demanda de ayuda a las universidades o fundaciones norteamericanas, con el despliegue de una retórica de intransigencia ultranacionalista para satisfacción del estudiantado y el profesorado que critica o rechaza toda forma posible de colaboración.

El resultado general ha sido la creación de un clima de desconfianza y escepticismo que dificulta la cooperación, y que lleva incluso a una evaluación globalmente indiscriminada, y por lo tanto injusta en muchos casos, de los investigadores y centros académicos de los Estados Unidos, incluso respecto de aquéllos que han asumido en mayor o menor medida posiciones y actitudes de integridad personal y científica y de simpatía política con los mejores intereses de los pueblos y de las Ciencias Sociales de América Latina.

### V. *Elementos para una Estrategia*

El análisis que antecede ayude quizás a explicar y a caracterizar la crisis de la Ciencia Política en América Latina. Esta ha pasado por un período inicial de optimismo, en gran medida justificado por los progresos obtenidos en la emergencia de especialistas y grupos de trabajo, en su organización e institucionalización relativas, en la elaboración de esquemas teóricos, en el diseño y ejecución de investigaciones, en la recolección y análisis de información, y la formulación de algunos diagnósticos.

Este impulso originario parece ahora amenazado. Las dificultades y los obstáculos se multiplican. La limitación de los recursos, la inestabilidad institucional, la discontinuidad del trabajo, se ven reforzadas por las presiones y los ataques directos de los grupos reaccionarios y del sistema de poder. El optimismo es reemplazado por la inquietud, el pesimismo, la apatía o la evasión hacia otros campos y países más propicios. El cientista político latinoamericano parece destinado a

volverse una especie en vías de extinción. Si se descarta esta hipótesis, si se rechaza también la posibilidad de conversión en técnico instrumentado al servicio de grupos conservadores y regímenes retrógrados, es indispensable realizar un esfuerzo a la vez realista e imaginativo para revitalizar la Ciencia Política de América Latina y proporcionar un futuro digno de ese nombre a quienes la ejercen.

Los prerequisites y elementos para una nueva estrategia sólo pueden ser aquí objeto de un esbozo problemático, propuesto como base de discusión. Lo que sigue de ningún modo constituye una formulación acabada y excluyente, que ningún científico político puede efectuar por sí solo.

### *Algunas premisas*

El problema reside en cómo crear condiciones que aseguren a los científicos políticos, la estabilidad y la seguridad de un trabajo libre y creador, el enriquecimiento de la propia disciplina, la inserción en la realidad, la participación movilizadora en el desarrollo, el cambio, la democratización y la autonomía de los países latinoamericanos y de la región en su conjunto. Divididos entre sí y respecto a otros científicos sociales, aislados de las fuerzas sociales y políticas más significativas, privados de acceso y de influencia respecto a los resortes y mecanismos de poder y de decisión, los científicos políticos están condenados a la impotencia, a la frustración y a la extinción profesional.

La primera premisa se refiere por consiguiente a la búsqueda de un grado creciente de integración operativa de los científicos políticos, en proceso paralelo al que debe operarse en las otras ciencias sociales, y en estrecha relación con este último. Esta proposición no supone una estructuración rígida y monolítica, sobre la base de una ortodoxia aceptada en todos sus detalles. No supone tampoco un compromiso organizado y apriorístico para algún tipo específico de acción ideológica y

política. Plantea en cambio la necesidad de iniciar e intensificar las formas de diálogo, confrontación y colaboración, sin pretensiones dogmáticas y sectarias, en condiciones de tolerancia, mutuo respeto, reconocimiento de la imprescindible convergencia de enfoques diferentes y de iluminaciones opuestas, con reserva del derecho a la decisión política individual. La integración aparece así como un proceso a cumplir y un horizonte a alcanzar. Esta formulación tampoco se identifica con un acuerdo incondicionado a lograr por una imaginaria supresión de las diferencias y una ilusión de crear algo así como el cuerpo místico de los cientistas políticos latinoamericanos. Resulta así indispensable disipar algunos equívocos.

Uno de los más importantes quizás se manifiesta en la confusión entre *neutralidad valorativa* y *objetividad científica*. La neutralidad valorativa es imposible. El cientista político es parte de la realidad que observa, está implicado en ella, en su devenir, en sus estructuraciones y en sus sistemas valorativos. El mundo social tiene, en comparación con el natural, un carácter relativamente amorfo y plástico, una presentación de los fenómenos bajo forma de continuo, si bien los mismos tienen realidad objetiva, formas e interrelaciones propias. De allí derivan precisamente dificultades particulares para la captación, el análisis y la explicación de los fenómenos y procesos. Cada cientista político parte necesariamente de teorías, hipótesis, esquemas analíticos y sistematizaciones, que en parte elabora y en parte asimila de la tradición recibida y de la sociedad en que está inmerso. Ello introduce en su labor una cuota casi ineludible de subjetividad. Como bien dice el cientista político W. J. M. Mackenzie, "... Ahora todos somos parte de lo que estudiamos, y debemos contar con las perturbaciones que así surgen en nosotros, y con las que creamos en nuestro ambiente... Gran parte del trabajo académico es reconociblemente ideológico, como exposición persuasiva de un punto de vista, disfrazado de teorema y prueba... La descripción implica selección, síntesis y secuencia, y el resultado es la recomendación" ("Politics and Social Science", Penguin Books,



1967). Se trata en cambio de buscar el mayor grado posible de objetividad científica; de enfatizar permanentemente la conciencia de las propias limitaciones, la voluntad de superarlas, el compromiso de explicitarlas, la confrontación de los supuestos iniciales con los resultados de la verificación empírica.

Como segunda premisa conexas, la renovación y la expansión de la Ciencia Política en nuestros países y en la región demanda, en mi criterio, la elaboración y asunción de un humanismo dialéctico, abierto a las relaciones conflictuales de lo real y de lo posible, de base latinoamericana y proyección universalista. Ello exige un doble movimiento.

Por una parte, exige la inserción en la realidad, en las situaciones y en los procesos, para el conocimiento y para la acción; la toma de posición en favor de alguna de las posibilidades determinables para contribuir a realizarla; la afirmación en lo existente y en lo realizado para criticarlo y superarlo.

Exige, por otra parte, el rechazo del falso realismo, que consagra lo hoy existente y dominante como lo dado, y concibe el futuro como mera extrapolación de lo actual. Por el contrario, el presente no se comprende sólo por sí mismo y por el pasado, sino también por el futuro. Para captar y realizar lo real y lo posible, debe incluirse un componente de lo aparentemente utópico e imposible, que es lo posible de mañana.

Sin ignorar la amplia gama de posibilidades abiertas, y sin pretensiones dogmáticas de ningún tipo, considero que una acción integrada y operativa de los científicos políticos requiere un mínimo de coincidencia en la necesidad de cumplir, con espíritu crítico e inventivo, el análisis y diagnóstico de los problemas de los países latinoamericanos y de la región, la formulación y la ejecución de soluciones ajustadas a las realidades y condiciones específicas del ámbito en que se quiere operar, con pautas originales, sin imitación, ni aplicación mecánica de esquemas importados; en pocas palabras, la combinación del análisis, el diagnóstico y la estrategia.

América Latina necesita, en mi opinión, políticas que aseguren: un gran y rápido impulso de desarrollo; la promoción

simultánea de la transformación estructural y del aumento de la productividad del agro, de la minería y de una industria que supere la mera sustitución de importaciones; la creación autónoma de ciencia y tecnología; la redistribución progresiva del ingreso; la independencia económica nacional que no excluya sino posibilite la integración regional; la prioridad de la acumulación nacional, y el papel subsidiario y estrictamente controlado de capitales y apoyos externos. Los requisitos y rasgos de un auténtico desarrollo económico no pueden surgir ni operar como variables autónomas. Deben ser acompañados por: cambios sustanciales en la estructura social; un mayor grado de igualdad y justicia socio-económicas, la distribución pareja de esfuerzos, sacrificios y beneficios; modificaciones en la actual correlación de poder y status entre las clases y los grupos; el sacudimiento de la apatía e indiferencia de las masas y el estímulo a su participación activa y directa; la democratización integral —real y no formal— de la sociedad, del sistema de poder, del Estado y de la cultura.

Como tercera premisa, los científicos políticos no pueden prescindir de una actitud permanente de crítica y contestación del sistema y de sus estructuras, de las fuerzas y situaciones alienantes y opresivas, de las formas de autoritarismo y represión. Deben buscar los modos de contribuir a la movilización de los sujetos y de los agentes sociales (clases, grupos, individuos) que, a la vez que víctimas del sistema, contienen —actual o potencialmente— virtualidades para el despliegue de una acción descongelante, destructurante y reestructuradora, y pueden eventualmente articular y desplegar estrategias y tácticas renovadoras. Deben ubicar y evaluar las lagunas, los hiatos y los puntos débiles del sistema, como posibilidades de emergencia y afirmación de las fuerzas e iniciativas nuevas y transformadoras. Ello implica reivindicar la necesaria pluralidad de las fuerzas, las tendencias, las instituciones innovadoras, los conjuntos abiertos.

A partir de estos supuestos, no se busca una incoherencia sistemática, sino el logro de otros proyectos, otros instrumen-

tos y otros sistemas. Se rechaza asimismo el pasatismo que añora un humanismo pre-tecnicista, el moralismo y la pura ideologización. Se trata, en efecto, de movilizar los recursos de la ciencia, la técnica, la imaginación y la acción política, para su aplicación a todos los niveles y aspectos de la realidad, tendiendo al logro de rigor científico, de contenidos concretos, de operacionalidad y de eficacia impactante sobre la sociedad. Un nuevo racionalismo enriquecido y dialectizado, cargado de relativismo histórico, sociológico y político exige, por una parte, el rechazo y la superación de todas las formas de esquematismo, dogmatismo, mecanicismo, reduccionismo (economismo, científicismo, tecnicismo, etc.); y en general, de toda pretensión de verdad definitiva. Por el lado positivo, permitiría la captación de un número creciente de objetos y sujetos, de diferencias, especificidades y diversidades, y de la amplia gama de sus posibilidades combinatorias. Permitiría además recuperar el sentido del proceso y del conflicto, de los aspectos y niveles esenciales, de las interacciones y mediaciones, de las discontinuidades, y de las estabilizaciones y estructuraciones relativas.

En esta perspectiva pueden esbozarse una serie de tareas concretas. Su diseño y su realización deben, a la vez, referirse al trabajo específico del cientista político; a la determinación de sus campos prioritarios de investigación teórica y empírica; a la creación de condiciones para la supervivencia, la expansión y la creatividad del profesional; a la búsqueda de públicos, aliados y apoyos; y a la aptitud para producir efectos transformadores. A este respecto se formulan tentativamente las siguientes sugerencias.

### *Algunas prioridades*

#### *A. Teoría, metodología, técnicas*

Una primera prioridad se refiere a la evaluación crítica de las teorías, los métodos y las técnicas que se han incorporado y utilizado hasta el presente. Ello tiende, por una parte, a la

asimilación de sus elementos positivos, y a su adecuación a los objetos y fines en relación con los cuales se opera. Tiende, por la otra, a la elaboración de alternativas científicas y metodológicas propias, según las condiciones y las exigencias específicas de la propia ciencia y de las realidades nacionales y latinoamericanas. Esta tarea requiere el uso convergente de diversos enfoques científicos y metodológicos y de distintas técnicas, como medio de proceder a la mutua crítica y a la inter-fertilización.

Proporciona además un prerequisite necesario para el adecuado uso de las técnicas matemáticas y cibernéticas.

La utilización y los aportes de los procedimientos matemáticos y del equipo cibernético, constituyen ya una adquisición irrenunciable, pero requieren una clara delimitación de su ámbito y de sus proyecciones. Aquellos no tienen una naturaleza mágica, no excluyen el papel del cientista político, de su experiencia real, de su imaginación, de su capacidad perceptiva y de su sofisticación teórica. Se requieren cuadros teóricos que confieran, a las matemáticas y al equipo cibernético, significado, orientación, control, y sean aptos para organizar y utilizar el material obtenible. En lo que al equipo cibernético particularmente respecta, no debe subestimarse el peligro que las consideraciones técnicas puedan prevalecer sobre los valores y objetivos del investigador, lo lleven a ajustar los problemas analizados y las variables seleccionadas a las exigencias de los equipos y programas, le hagan perder flexibilidad e ignorar el contexto y el significado más generales de los datos.

Otras *prioridades* son de *tipo temático*, y entre muchas otras se indican someramente las siguientes:

1. Evaluación de las formas e implicaciones políticas de los modelos de conservatismo y de desarrollo y cambio, que se han propugnado o aplicado en América Latina, especialmente en las últimas décadas (derecha tradicional o modernizante, populismo, bonapartismo, desarrollismo, socialismo revolucionario). Especialmente: fuerzas participantes y fuerzas hostiles;

valores, ideologías, teorías; formas de dominación y hegemonía; modos de articulación; tipos de liderazgo; límites y resultados.

Elaboración detallada de la gama de opciones y de modelos alternativos.

2. Aspectos e implicaciones de tipo político del sistema de estratificación y de relaciones sociales en América Latina. Más particularmente, estructura y dinámica políticas e ideológicas, actitudes y formas de comportamiento y organización, estrategia y tácticas, de las distintas clases y grupos, con especial referencia a:

- i) Oligarquía agro-industrial y financiera.
- ii) Empresariado industrial.
- iii) Clases medias.
- iv) Sectores intelectuales, profesionales, científicos y técnicos.
- v) Estudiantado y juventud en general.
- vi) Clase trabajadora.
- vii) Campesinado.
- viii) Grupos marginales.
- ix) Fuerzas Armadas.
- x) Iglesia Católica y otros grupos religiosos.
- xi) Papel político de la mujer.

3. Aspectos políticos e institucionales de las nuevas estructuras regionales y de la urbanización.

4. Requisitos y elementos políticos e institucionales para el desarrollo científico y tecnológico.

5. El sistema político e institucional en su conjunto:

- i) Formas y mecanismos de adquisición, distribución y ejercicio del poder.
- ii) Naturaleza, papel, estructura y funcionamiento del Estado Nacional.

iii) Sector público y administración pública. Los grupos burocráticos.

6. Factores, posibilidades y formas de la contra-dominación, en las condiciones actuales y en proyecciones futuras.

- i) Formas actuales de resistencia, protesta, acción compensatoria y pretensión de poder en las clases y grupos no dominantes.
- ii) Factores movilizados.
- iii) El sindicalismo.
- iv) Participación dentro del sistema, al margen o en contra de él: organizaciones espontáneas; motivaciones; formas; liderazgo; líneas de acción; interacción con otros grupos; institucionalización; obstáculos y resultados.
- v) Co-gestión y auto-gestión.

7. Política internacional:

- i) Aspectos y mecanismos políticos de la dependencia externa y de la lucha por la autonomía de los países latinoamericanos.
- ii) Requisitos y problemas políticos e institucionales de la integración regional.
- iii) Formas políticas e institucionales de la planificación regional.
- iv) Las corporaciones públicas multinacionales.

### *B. Mecanismos e institucionalidad*

Un criterio que considero fundamental se refiere a la necesidad que los científicos políticos (y sociales) mantengan e intensifiquen su trabajo a partir de los elementos y posibilidades ya disponibles (instituciones, personal, infraestructura física, equipamiento técnico, sistemas de información, fuentes

de financiamiento y de trabajo, tendiendo a su mejor utilización, en sí mismos y en su coordinación más efectiva, y a su perfeccionamiento e incremento. Es imprescindible asumir las limitaciones actuales de recursos, ajustar los programas y proyectos a la disponibilidad de medios accesibles y operativos. Ello exige controlar las pretensiones desmesuradas que, en muchos casos, traducen menos las exigencias científicas reales que una voluntad de afianzar el propio prestigio o de proponer lo que se supone resultará impresionante para organismos de financiamiento externo.

Esta necesaria actitud de modestia y cautela debe ser acompañada, sin embargo, por esfuerzos de apertura, movilización y adecuada instrumentación de coyunturas y posibilidades favorables, que puedan existir potencialmente sin haber sido percibidas o exploradas.

En el mismo sentido, debe reforzarse los mecanismos de contacto, intercambio y cooperación, tendiendo a establecerse un circuito continuo de intercambios, de estímulos y refuerzos mutuos, y a promover el trabajo interdisciplinario entre los científicos sociales de cada país, y entre los de distintas partes de la región. Esta perspectiva debe incluir el refuerzo de formas reales de solidaridad entre los científicos políticos y sociales de América Latina, especialmente necesarias en una época en que las vicisitudes políticas amenazan la seguridad personal y la continuidad del trabajo científico, actual o potencialmente, de todos aquellos que ejercen este tipo de disciplinas.

Una estrategia flexible y realista obliga a utilizar también todas las posibilidades institucionales existentes o que puedan ser creadas por necesidades reales. El trabajo en las universidades debe ser preservado y reforzado, en la medida en que subsistan condiciones mínimas de seguridad y dignidad tanto profesionales como políticas. No debe descartarse la utilidad de los institutos independientes del Estado y de los intereses privados, que operen como focos de actividad científica libre y creadora. Es indispensable combinar el funcionamiento de los centros nacionales con otros de tipo regional, como la

Escuela Latinoamericana de Ciencia Política y Administración Pública (FLACSO). El necesario intento de coordinar y racionalizar más adecuadamente las instituciones regionales y nacionales existentes, debe cumplirse básicamente a partir de aquéllas, sobre la base de un esquema realista y operativo de división y especialización del trabajo a escala latinoamericana. Ello puede contribuir a la elevación del nivel de formación, de docencia y de investigación en la Ciencia Política de la región, y revertir así el proceso que lleva a un número creciente de estudiantes y graduados a educarse o a perfeccionarse en los centros de los países desarrollados, muchos de los cuales no constituyen precisamente un modelo de excelencia. Esta referencia me lleva finalmente a efectuar algunas consideraciones sobre el problema ya tocado de las relaciones con las universidades y fundaciones de Estados Unidos.

### *C. Relaciones exteriores*

Las deficiencias y los peligros de la cooperación entre investigadores e instituciones de América Latina, y los científicos políticos y sociales, universidades y fundaciones de Estados Unidos, han sido señaladas anteriormente. Una legítima preocupación al respecto no autoriza sin embargo a justificar un rechazo total e incondicionado de toda forma posible de contacto, intercambio y cooperación.

Los científicos políticos de América Latina no pueden ni deben aislarse de las corrientes internacionales en materia de cultura, teoría, metodología, técnica e información. En primer lugar, las Ciencias Sociales y la Ciencia Política de los Estados Unidos han efectuado valiosos aportes, que sería insensato ignorar o desaprovechar. La cuestión respecto a esta fuente cultural y científica como a cualquier otra, residen en la existencia o inexistencia de capacidad latinoamericana para una apropiación de elementos teóricos, metodológicos y técnicos que se cumpla de manera racional, desalienada y creadora.



En segundo lugar, los Estados Unidos, como cualquier otra potencia o nación en el mundo, no constituyen un bloque monolítico. Junto con los intereses, los grupos, las fuerzas y las orientaciones de tipo monopolista, imperialista, burocrático y militarista, existen constelaciones de grupos e individuos —dentro del ámbito académico —que no sólo se oponen a las primeras dentro del país, sino que también simpatizan con las tendencias positivas y transformadoras de América Latina. Ello torna indispensable no quemar los puentes, no caer en la falacia de la intransigencia mal ubicada y peor manejada, sino por el contrario explorar las formas posibles de cooperación y alianza con aquéllas.

En tercer lugar, el argumento de los peligros de manipulación y corrupción, siendo reales, no deben ser extremados al punto de caer en una obsesión paranoica que sospeche la conspiración en todas partes y que, sobre todo, implique presentar a los científicos políticos o sociales de América Latina como predestinados intrínsecamente a ser manipulados y corrompidos, y protegibles solamente por un absoluto aislamiento. O asumimos por principio una condición de adultos e integridad, o nada ni nadie podrá protegernos ni salvarnos.

En cuarto lugar, si la suspicacia y la intransigencia fueran llevadas hasta sus últimas consecuencias, debería imponerse como dogma el rechazo de todo contacto con cualquier otro país desarrollado (Europa Occidental, Japón, la Unión Soviética), con los organismos internacionales que Estados Unidos integra y contribuye a financiar, con un gran número de universidades latinoamericanas que mantienen convenios de cooperación con instituciones norteamericanas, y con la mayoría de los gobiernos de la región que no son precisamente un paradigma de representatividad popular, legalidad democrática y liberación de la dependencia externa.

Ahora bien, las consideraciones precedentes no excluyen, y por el contrario imponen, la necesidad de efectuar un cuidadoso y enérgico replanteo de las condiciones y exigencias de

cooperación científica y técnica. El mismo debe abarcar por lo menos las siguientes líneas:

1) Multilaterización de la cooperación cultural, científica y técnica, y de las fuentes de financiamiento externo, que lleve a incluir en una amplia gama de posibilidades, no sólo a los Estados Unidos, sino también a Europa Occidental, la Unión Soviética, y los demás países del bloque socialista, los organismos internacionales, las naciones del Tercer Mundo. Ello surge de la necesidad de no crear situaciones de dependencia por imposición objetiva de una fuente única, y a diversificar y enriquecer el aporte de corrientes emanadas de los más distintos y contrapuestos orígenes culturales, sociales y políticos. La cooperación externa debe tender a convertirse en fuente subsidiaria, a que se recurra como complemento de las prioritarias posibilidades nacionales de financiamiento y creación.

2) Elaboración de una especie de estatuto de la cooperación, que otorgue a los institutos científicos de América Latina la primacía de los criterios, las decisiones y los controles respecto a las prioridades, los objetivos, los programas y proyectos, las orientaciones científicas, las metodologías y técnicas, el modo de otorgamiento y uso de los recursos, el aprovechamiento de los resultados.

3) El cambio auténtico y profundo de actitud y comportamiento en los científicos, institutos académicos y fundaciones de Estados Unidos y de los países desarrollados que busquen la cooperación con investigadores e instituciones de América Latina o participen en ella. Las posturas y modos operativos a modificar fueron indicados anteriormente. Se trata de abandonar el etnocentrismo, el paternalismo, las pretensiones (conscientes o inconscientes de tipo intervencionista, manipulador y colonialista. Se trata también que las universidades y fundaciones de Estados Unidos y Europa Occidental re-estudien, replanteen y racionalicen los esquemas de diseño de prioridades, prerequisites y formas organizativas, que hasta ahora aplica-

ron en sus relaciones con los investigadores e institutos de América Latina.

4) Articulación efectiva de los científicos políticos (y sociales) de América Latina como grupo capaz de elaborar y aplicar una concepción y una estrategia que sean a la vez principistas, realistas y operativas, que permitan fortalecer sus posibilidades de poder propio, y su margen de maniobra y de negociación. Las cuestiones del poder y de la operatividad efectiva aparecen así como el principio y el fin de análisis.

## VI. Conclusiones

La posibilidad de supervivencia, autonomía y creatividad de la Ciencia Política en América Latina parece así ligada a la necesidad de elaborar una perspectiva y una estrategia que, de algún modo, combinen la rigurosidad y fecundidad científica de quienes la ejercen, con su participación movilizadora en el proceso de desarrollo, cambio, democratización e independencia externa de los países de la región y de ésta en su conjunto. Ello impone, entre otros prerequisites, la estructuración de los científicos políticos como grupo orgánico y operativo, y la exploración de campos temáticos que, a la vez que científicamente relevantes, permitan discriminar cuáles son los problemas básicos así como las clases, los grupos, las instituciones que, no sólo estén dotados —actual o potencialmente— de poder y de aptitud para el cambio, sino también pueden ser destinatarios interesados de los aportes que puedan efectuar los científicos políticos, y capaces por lo tanto de constituirse en público, en fuente de demanda y de apoyos y, más aún, en aliados articulables en estrategias o tácticas comunes.

El análisis precedente ha tendido a explorar, no sólo la naturaleza de la crisis que la Ciencia Política sufre en América Latina, sino también la necesidad, los requisitos y las posibilidades para que se formule y aplique el tipo de perspectiva y de estrategia que se ha esbozado. El ámbito del trabajo no permite una consideración más detallada de las posibilidades indicadas, tarea que requiere una discusión, una elaboración y una verificación colectivas. No está tampoco es mi ánimo afirmar una confianza mística y fatalista en cuanto a las posibilidades y a los resultados de tal estrategia.

Esta perspectiva y esta estrategia y, más aún, cualquier modelo de desarrollo y cambio, no tienen hoy aseguradas apriorísticamente en América Latina las posibilidades de éxito y perduración.

En la América Latina actual, como en todas partes y siempre, la Historia y la Sociedad como tales carecen de racionalidad inmanente y plena, de sentido intrínseco, de finalidades determinadas que preexistan a los hechos y a los actos y sean expresión y resultado de alguna fuerza demiúrgica. Las orientaciones y las vicisitudes de la Historia y de la Sociedad son resultado de las acciones y de las relaciones de grupos e individuos vivientes, en un entrelazamiento de los determinismos, las voluntades conscientes y los azares. El sector no dominado de fuerzas naturales, sociales y culturales sigue siendo grande y potente, y continúa imponiendo determinismos y fatalidades, en parte aparentes y en parte reales. Si no existe determinismo en sentido estricto, existen procesos determinados, productos de la acción de los hombres, combinaciones de lo humano y de lo inhumano, que se vuelven contra aquellos y amenazan su presente y su futuro. En América Latina, como en todo el planeta, la batalla por la superación de las actuales condiciones, y por la emergencia de nuevas formas sociales que posibiliten un grado superior de libertad, justicia, racionalidad y capacidad creadora, no está predestinada fatalmente a triunfar. Los individuos y grupos que luchan en tal sentido pueden resultar inadecuados, pueden equivocarse y ser derrotados. El

horizonte a la vista abarca posibilidades desastrosas a escala mundial: monopolización extrema de la riqueza y el poder; burocratización, tecnocratización y cibernatización llevadas a extremos inhumanos; estancamiento y degradación; confusión y anarquía; fascistización generalizada; y, en un extremo de pesadilla, el holocausto atómico.

El proceso histórico es sinuoso y accidentado, y rara vez se cumple en acuerdo estricto o aproximado con las previsiones y esperanzas de los grupos e individuos, aun los más lúcidos y enérgicos. La evaluación realista de las fuerzas, de las tendencias y de los obstáculos actuales inocula contra un optimismo superficial y mecánico, con ribetes de misticismo, pero no autoriza el pesimismo ni la desesperanza.

La Historia no es insensata ni absurda. Crea lo inesperado a partir de lo determinado; combina el azar y la necesidad, la derrota y el triunfo, la catástrofe y la creación superadora, nunca completas. La totalidad sigue abierta, deja lugar a nuevos enfoques, opciones, propuestas y estrategias. La razón actuante no es todo, pero es algo. Es capaz de obrar, de percibir, de comprender y explicar, de insertarse en los hechos, los actos y los procesos para su encauce y transformación. Puede desplegar una obstinada voluntad de verdad, de lucidez y vigilancia; la capacidad de esperar sin abdicar de la acción, y de asumir que la opción no equivale a la certidumbre y a la seguridad, y que toda fecundidad implica riesgo y azar.

La lucidez y el realismo no son por consiguiente excusas para la pasividad, sino prerequisites para una acción eficaz. El sistema vigente en América Latina multiplica las condiciones inhumanas, las frustraciones, las tensiones y los conflictos. Bajo una superficie que a menudo parece quieta e incluso congelada, potentes fuerzas de rebeldía y cambio bullen, se acumulan y operan en el seno de la sociedad latinoamericana, y pueden dar lugar en cualquier momento a combinaciones inesperadas, y tentativas inéditas. Una de las lecciones de la Revolución Cubana, importante pero apenas considerada, —en sí misma y en lo que implica—, está dada por la imprevisibi-

lidad, la originalidad y la creatividad del proceso. Si la repetición exacta, rasgo por rasgo y secuencia por secuencia, de la Revolución Cubana en otros países de la región parece poco probable, ello no demuestra la imposibilidad de cambios similares. Sugiere sí la existencia de una amplia gama de posibilidades combinatorias y de actos de creación histórica que dejen de lado o desborden los rígidos esquemas de las sectas o iglesias políticas —de derecha, de centro y de izquierda—, con sus pequeños claros y sus biblias de bolsillo. Sin entrar aquí a su análisis y valoración, y sin perjuicio de cuál sea su futura evolución y su desenlace, el actual proceso peruano es un llamado de atención sobre la fecundidad potencial de la matriz socio-histórica de América Latina.

Si una perspectiva y una estrategia como la que se esbozó, u otras similares, pueden ser aplicadas por los científicos políticos y sociales de América Latina, es posible que ello contribuya decididamente a que su actividad y su producción resulten científicamente creativas, socialmente valiosas, políticamente eficaces, y moralmente significativas.

---